

Eudófilo Alvarez

Conferencia

SUSTENTADA EN EL GOLEGIO "VIGENTE
ROGAFUERTE"

SOBRE EL ORIENTE ECUATORIANO

EL 12 DE OCTUBRE DE

1914



QUITO - ECUADOR

Imprenta y Encuadernación Nacionales

1915



Eudófilo Álvarez

Conferencia

SUSTENTADA EN EL GOLEGIO "VIGENTE

ROGAFUERTE"

SOBRE EL ORIENTE ECUATORIANO

EL 12 DE OCTUBRE DE

1914



QUITO - ECUADOR

Imprenta y Encuadernación Nacionales

1915



*Señores socios de la Junta Co-
lonizadora del Oriente,
señoras y demás caballe-
ros aquí presentes:*

Antes de hablaros del Oriente, me prometía en esta conferencia deciros algo acerca de la hermosa provincia de Bolívar, que tengo a honra el gobernar. Por desgracia, por impedimentos legales que me sobrevinieron, no pude recorrer todo aquel territorio, como me proponía; y así me reservo a hacerlo más tarde, y entonces diré por la prensa todo lo que es aquel fértil suelo. Este propósito se cifra en el convencimiento que tengo, de que es muy desconocida para los ecuatorianos la provincia de Bolívar, siendo así que es una de las más importantes de la República, por su belleza pintoresca, por sus aguas tan abundantes y puras como medicinales, por sus preciosos minerales, por la benignidad de su clima y su cielo

transparente, y sobre todo por las dotes intelectuales y el talento artístico de sus moradores, que me han hecho pensar en las profundas observaciones de Lombroso, acerca de los países rodeados de colinas. Quizá no hay en todo el Ecuador una provincia donde se admiren los productos de todas las zonas, no obstante la manera rudimental como allí se cultiva el suelo. En esa provincia tenemos desde las nieves de los Andes, y la cebada de sus declives, hasta el café, el arroz, el tabaco, la caña de azúcar, la toquilla, el cacao de la Costa, pasando por las zonas intermedias, donde se dan casi espontáneamente, el trigo, y más cereales, donde el maíz rinde hasta el trescientos por uno, y donde se ven numerosos ejemplares de vides que casi sin cultivo brotan de la tierra, y dan de sí tan hermosos racimos, que despiertan en el alma halagüeñas esperanzas acerca de la suerte futura de esa privilegiada provincia, que tan sólo espera vías de comunicación y una Escuela Agronómica, para ser una de las más venturosas de la República.

Pero doblemos esta hoja y pasemos al objeto de esta conferencia.

Cuando hace dos años concurrí a la que en este mismo salón diera el Presbítero doctor Román sobre las regiones del Napo, y vi cómo tan selecta y numerosa concurrencia acudió a escucharle, con gran curiosidad de esos mundos desconocidos; entonces comprendí cuánto se interesaba este noble pueblo guayaquileño

por nuestro Oriente Ecuatoriano. Y así fue cómo, a pesar de lo temerario de mi intento, no vacilé en ofrecer al entonces Rector de este importante Plantel, Sr. Dr. Dn Juan José Castro, una conferencia en este mismo salón sobre nuestras regiones orientales, tan pronto como volviese de mis exploraciones de por allá.

Mas la guerra fratricida y bárbara que comenzó en Setiembre del año pasado, que dura todavía, y que nos ha obligado a todos los ecuatorianos honrados a ayudar al Gobierno a conjurar tan grave mal, me privó del placer de cumplir con mi ofrecimiento. Y acaso no hubiera llegado ese día, a no haberme movido a hacer la patriótica invitación que para el efecto, recibí de la Honorable Junta Colonizadora del Oriente, cuyo digno Presidente es el Dr. Payeze Gault, y cuyos miembros dan lustre a las ciencias, a las letras y al periodismo de esta ciudad. Y aquí me tenéis, señores, lleno de entusiasmo en el alma, lleno de fe en la grandeza futura de mi Patria, a pesar de sus desgracias presentes. Y vengo a daros esta conferencia, en mi calidad de miembro de la Sociedad Jurídico Literaria de Quito, y como fiel intérprete de su espíritu altamente progresista en pro del Oriente Ecuatoriano, por el cual tanto viene trabajando en forma de conferencias, como las que dieron en su seno, en los salones de la Universidad de Quito, los patriotas Luis Martínez y el Padre Vacas Galindo.

Hablar del Oriente Ecuatoriano, es hablar del porvenir del Ecuador entero, no sólo porque allá está la parte más extensa y rica de la Nación, sino también porque ese territorio ocupa una feliz situación geográfica para los futuros destinos del Ecuador.

A fin de poder formarnos una idea más o menos exacta acerca de la grandeza del Oriente, preciso es que lo consideremos desde varios puntos de vista, a cual más importante, como son, su extensión, sus riquezas y su situación geográfica. Una vez conocidas estas tres diversas fases de la provincia, ya podremos deducir las consecuencias que de sus conocimientos se desprendan, no sólo en favor de la grandeza futura de la República, sino también del comercio universal, consecuencias que deben ser conocidas por todos los ecuatorianos.

Hablemos pues del primer punto:

Extensión

Según Wolf, tenemos que, fuera del Archipiélago de Galápagos, el área total de la tierra firme del Ecuador, comprendiendo el territorio oriental, del Huanca-bamba al Caquetá, es de 707.430 kilómetros cuadrados, y eso fuera de los territorios que fueron cedidos al Perú, en virtud del Tratado de paz de 1829.

La Sierra y la Costa juntas, puede decirse que forman menos de la tercera par-

te de esta área total. De suerte que más de las dos terceras partes constituyen nada menos que la vasta región que llamamos Oriente Ecuatoriano.

Para darnos una idea aproximativa de la verdadera extensión de nuestras selvas orientales, se ha dicho con razón, que es igual a Bélgica, Holanda, el Portugal, el Paraguay y el Uruguay, reunidos, y que es más o menos igual a Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá, asimismo reunidos. Bélgica tiene unos seis millones y medio de habitantes. Suponiendo en nuestro Oriente una densidad, no igual, sino menor, todavía tenemos que cabrían allí cosa de 150'000.000 de habitantes, número al cual no alcanza todavía ni la gran Nación de Norte América con todo su prodigioso desarrollo. Y todo esto como he dicho, sin contar con la Costa y la Sierra de esta vasta República, en la cual bien podrían caber cincuenta millones más.

Por donde se verá el porvenir inmenso que le aguarda al Oriente Ecuatoriano.

Riquezas

Por referencias de algunos ecuatorianos, y por lo que había leído a viajeros ilustres, vivía yo como soñando en esas poéticas regiones que tanto y tanto me atraían. Y cuando llegó el día de irme a ver con mis ojos lo que tanto había

oído y había leído, entonces entendí que cuanto se había dicho de sus maravillas era un pálido reflejo de la realidad. Entonces comprendí lo que los ecuatorianos teníamos, y me sentí como humillado al ver que yo formaba parte de un pueblo, que así se había mostrado tan indolente, y que no se daba cuenta de las riquezas que poseía; y que, lejos de eso, vivía entregado a la triste tarea de devorarse los unos a los otros, en feroces guerras intestinas como los salvajes de nuestras selvas.

Nunca como ahora he sentido mi impotencia, para poder presentaros un cuadro a lo vivo de las maravillas que allí vi en los tres reinos de la naturaleza. Con todo, os daré una idea siquiera vaga de cada uno de ellos, principiando por la flora.

Jamás me olvidaré de aquellos días en que de Macas me internaba río abajo del Upano, en busca de la antigua Logroño, orillas del Paute, donde me prometía fundar como fundé la parroquia de Santiago.

Jamás me he de olvidar, digo, de la impresión que recibí a uno y otro lado del torrentoso río, a la vista de hermosos cacaotales silvestres, que cubrían leguas y leguas de extensión.

Era entre fines de Junio y principios de Julio, y por consiguiente el tiempo de madurez allí, y era encantador ver cómo amarillaban los árboles y el suelo con las mazorcas de tan precioso fruto, que sólo sirve en aquellas selvas para los monos y las ardillas, dado que los jívaros no hacen

de él ningún caso. No es exageración, pero no he tomado chocolate más exquisito, más bien sazonado que el aderezado con ese cacao, con esa pepita de oro que para adquirir valor espera fábricas nacionales como la de Menier de París.

En esas mismas regiones vi también cómo hermoseaban las selvas las enredaderas de vainilla, cuyo fruto anunciaban los salvajes para los meses de Setiembre y Octubre, tiempo también de madurez de la ceiba, que allí es espinosa, y que asimismo abunda en esos suelos.

En esas mismas regiones vi también grandes cerros con suaves declives bañados de arroyos, como el «Tindiuki-nainda», cubiertos en su totalidad de bellos taguales, cuyo fruto se derramaba por el asiento de la planta.

Por allí mismo vi también en abundancia la delicada almendra, que a modo de fantásticos festones, entrelazaban sus enredaderas unos árboles con otros.

Cuando a la toquilla, y a la pita, de largas hojas y fibras resistentes, no hay parte del Oriente recorrido por mí, donde no abunde, asimismo en estado silvestre. Y lo que yo digo de estas preciosas plantas, dicen cuantos viajeros nos han hablado de las demás selvas orientales.

En las numerosas jivarías de las mismas regiones del Upano, vi cómo los jívaros cultivaban yuca, plátano, caña de azúcar, papayos con que alimentaban a numerosos cerdos, barbasco para la pesca, achiote, algodón y tabaco, y la guayusa

que es el té de los salvajes. Y lo que cultivan estas tribus cultivan las demás tribus jívaras que pueblan la vastísima región comprendida entre el Pastaza y la derecha del Santiago, así como los demás salvajes en las demás selvas del Oriente.

Sin salirme de las regiones del Upano, diré también lo que vi en Macas. Esta población está en plenas selvas orientales, a seis días de Riobamba y a unas dieciocho o veinte leguas arriba del Santiago, frente a la que fue la famosa Sevilla de Oro, y a 1.051 metros sobre el nivel del mar.

Pues ya en Macas se ven los primeros árboles de cacao, que van aumentando, en cantidad y en calidad río abajo. En Macas vi también, en estado silvestre, el caucho, la quina, el guabo, el zapote, la toquilla, la pita, la almendra, la habilla resinosa, y cien otros productos a cual más preciosos, tanto para la farmacia, como para la perfumería y más industrias; allí se ve también el laurel, y el copal cuyo producto sirve para el alumbrado de los salvajes. Las maderas de construcción y ebanistería son asimismo abundantes y varias; como el higuérón, el lailapo, el huashique, el huayacán, el cedro, y muchos otros.

Además cultivan los macabeos en ese paradisiaco suelo, bañado por el Upano y el Jurumbayno, lo siguiente: caña de azúcar, café, algodón, plátano, frejol, maní, achiote, arroz, calabazas, ají, y tubércu-

los como la papa, la yuca, el camote, la zanahoria, que es delicada como una mantequilla, el sango, la atzera, con la particularidad de que el almidón de esta última apetece los macabeos más que el de yuca. Cultivan también en Macas muchas clases de fruta, como la pomarosa, la anona, la naranja, la piña, la guayaba, la guaba, de varias clases, cuyas vainas tienen hasta cincuenta y sesenta centímetros, y cuya carne es delicada y abundante. Los limoneros son allí tan frondosos como no he visto en otra parte. La guayusa, que en las selvas vírgenes, se ve en estado silvestre, también cultivan los macabeos como los jívaros, y es para ellos lo que el té para los chinos, lo que el mate para los argentinos. En la cuenca del Upano o Kanusa, no sólo abunda el precioso árbol de laurel, de donde sacan la cera, sinotambién aquel ótro cuyo fruto es la uvilla, que tiene cierta semejanza con la uva. Este árbol florece en Mayo, y entonces la miel de abeja abunda en Macas por cuanto este insecto chupa la flor de la uvilla.

Cuanto a otros productos preciosos que se ven en Macas, oigamos a Alcedo: «Pero la principal cosecha que cultivan—dice hablando de los macabeos—es el tabaco, que se recoje con abundancia y llevan en rollos a vender a todo el Perú, con particular estimación, por su buena calidad . . . Todo este partido — continúa — está cubierto de ásperos bosques, en que se encuentra el árbol Estoraque, cuya resina

es un aromático muy precioso... Lo mismo decimos de los minerales de Polvos azules, que hay de sobresaliente calidad. Hállanse también árboles de canela de mejor calidad y diferente de la de Quijos, porque están en parajes más despampados, donde logran el beneficio del sol y del aire, como lo prueba un árbol que por casualidad y cuidado está cerca de la Capital (Macas), que da una corteza tan delicada al gusto y tan fragante que excede a la Mejor del Oriente, y en su flor sobresale la calidad.»

En efecto, dicen que en tiempos de este autor, el tabaco se cultivaba en Macas en grande escala, y que se lo llevaba a apartadas regiones a la venta. Al presente, por el contrario, apenas se cultiva lo preciso para el consumo local, pues todo comercio ha muerto, a causa de que los caminos se han cerrado, y a causa de la indolencia de los macabeos, cuya vida semisalvaje, más se aproxima a la jívarica que a la civilizada.

Respecto del Estoraque, de que nos habla Alcedo, puedo decir que no sólo existe esta especie de incienso, sino también otra clase de incienso en forma de bejuco, y aquel otro precioso, que los Macabeos llaman chicalhuiña, y los jívaros chicaina, que asimismo se extrae de la corteza de un árbol como el estoraque, y que produce al quemarlo un aroma delicioso.

¿Y el canelo? baste decir que aquel árbol puede por sí solo hacer las delicias de Ma-

cas, no sólo por su frondosidad y su apariencia de redoma; no sólo por su abundancia, puesto que se lo ve en grandes grupos por todas partes, sino también porque todo él es utilizable y delicioso, desde la leña que al arder hinche de fragancia los aires, y la hoja, que le sirve al natural del país para aguas aromáticas y estomacales, hasta la corteza, que es la canela, y la preciosa flor, que es el ishpingo. Estos canelos son sin duda superiores a las de las otras regiones del Oriente, por cuanto proceden de los famosos que el Rey de España hizo venir hace siglos desde Ceilán y los mandó plantar en el actual territorio de Macas.

Todas estas maravillas existen allí sólo por la feracidad extraordinaria del suelo, no porque los macabeos se empeñen en cultivar la tierra, careciendo como carecen de los estímulos del comercio por falta de caminos, como he dicho.

Que para sí se contentan con la yuca y el plátano, y con la bebida que llaman *chuya* compuesta de maíz y caldo de caña, dado que ven con mucha indiferencia las frutas y demás productos tan apetecidos por la civilización.

Por donde se verá las haciendas ideales que allí podrían formar los colonos que contaran con buenas vías de comunicación.

Bien que hasta aquí sólo vengo hablando de la flora, con todo, ahora que hablo de Macas, diré de esa región todo lo que he visto. El ganado es allí soberbio: no

tienen los macabeos más de unas 500 cabezas, pero es extraordinario su desarrollo: una vaca, al año y medio está con cría. Al ver esa enorme cordillera de Cutucú, con sus suaves ondulaciones y declives, con sus numerosos arroyos, al ver esas ilimitadas llanuras, que de norte a sur se extienden allí entre Cutucú y los Andes, y aquellas otras llanuras más extensas todavía, al otro lado de Cutucú, y al ver esas otras vertientes de los Andes hacia el Santiago, y el Zamora, y el Paute; muchas veces he pensado, que el Ecuador por la industria pecuaria, llegará un día a ser tan rico y más que el Uruguay y la Argentina. En el informe Tufiño-Alvarez traemos una vista con una hermosa muestra de ganado de Macas. Lo que más nos llamó la atención, es que así desarrolle y engorde, cuando no tiene otro pasto que el gamalote, pues el janeiro, aunque se da bien, no hay allí sino en muy pequeña cantidad.

Macas, como todo lo que he recorrido en el Oriente, es muy sano. Y cuanto a su agradable temperatura, repetiré aquí lo que mi compañero de exploración, el actual Director del Observatorio Astronómico de Quito, y yo dijimos en el informe Tufiño-Alvarez, en que se lee lo siguiente:

«Una observación digna de notarse, es que a un metro de profundidad, el subsuelo de Macas marca una temperatura de 22° 5' constantemente, de noche y de día. Cualidad preciosa, que es propia de los

países tropicales, si hemos de creer a Humboldt cuando dice: «Bajo los trópicos, la capa invariable se encuentra ya a un pie debajo de la superficie, circunstancia de que, Boussingault ha sacado partido, para determinar de una manera sencilla y a su juicio muy segura, la temperatura media de la atmósfera local».

«Uno de nosotros tuvo ocasión de escuchar, en el Observatorio Meteorológico de Montsouris, en París, a un sabio que creía que una temperatura fija a toda hora del día y de la noche, entre los 22 y 25°, era un ideal para la agricultura. Tenemos, pues, la satisfacción de dejar constancia, de que la agricultura en Macas está llamada a un porvenir envidiable».

Cuanto vengo diciendo, inclusive lo de Macas, se refiere a la vasta hoya del Upano, que se extiende de norte a sur, por entre dos cordilleras paralelas entre sí y distantes una de otra, de tres a cuatro leguas: El Cutucú y los Andes. Pues bien, sin salirme de la misma hoya, o mejor dicho, a poco que salí de ella para entrar en la del Paute, con el cual se une el Upano, para formar el Santiago, vi cómo un solo hombre, solitario, que vive en medio de la imponente soledad de aquellas selvas, había convertido esas playas en un suelo paradisíaco. Lo primero que se me presentó a la vista fue un extenso piñal de unas setecientas matas. Según datos que recibí del dueño, este fruto cargaba a los ocho meses: en la primera cosecha, una sola piña; en las si-

guientes, cuatro y cinco, y que era vitalicia: había de dos clases, de la redonda, y de la cónica, que él llamaba cambray o amazonas: eran tan grandes y tan fragantes que parecían aventajar a las del Milagro. Al piñal seguía un cañaveral, y a éste un hermoso platanal. Más allá había también yucales, tabacales, cafetales y maizales. El maíz se me dijo que se daba a los tres meses; el arroz que empezaba a cargar a los tres, y estaba de cosecha a los cuatro; había también zanahoria, de un gusto delicado, y que cargaba a los tres meses; había también cebolla de la común, que era vitalicia; ají como de diez clases, y rábano, y ajonjolí y linaza. Vi también sandías, numerosos papayos y limoneros. Todo esto cultivado por un cuencano de buen gusto. Pero se veían también en estado silvestre, guayabos, aguacates, guabos de varias clases; zapotes, caimitos; pastos silvestres, como el gamalote y el janciro.

Estas hermosas sementeras, están en un suelo llano, a la ribera izquierda del aurífero Paute, y junto a la bellísima meseta triangular, bañada por tres ríos, donde se hallaba la antigua Logroño, y donde fundé la parroquia de Santiago.

De Logroño a Palmas, se me dijo había catorce leguas; de Logroño a Cuenca, veintiocho leguas, con hermosos cantones intermedios como Gualaceo y Paute.

Si dejo la hoya del Upano, y en vez de dirigirme de Macas al sur, me dirijo al este, haciendo una curva hacia el E. N. E.,

por el Makumma, el Shimbimi, el Kangaymi, el Cusuimi y otras cabeceras del Morona que tuvo la suerte de descubrir, veremos en esas jivarías siempre el cultivo del algodón, el tabaco, el barbasco, el plátano, la yuca; y en estado silvestre, siempre el bijao, la toquilla, la pita, el cacao, la habilla resinosa, el zapote, el guabo, el chontaruro, la preciosa shiringa, y la no menos famosa chambira cuyos hilos resistentes se prestan para los más hermosos tejidos. Al término de esta vasta curva que recorrí, hállase la Fuente de la Sal, al S. E. de Macas y a unas 18 leguas de distancia, más o menos. A dicha fuente acuden los jívaros de los más apartados lugares a elaborar ese artículo para vender a los blancos.

Por esas regiones vi también y en grande abundancia, el corpulento cedro y otras maderas que aseguraban ser superiores al cedro como el matascal, el guijícafo, el loro caspia, y mil otras. Por allí como por Macas y otros puntos vi asimismo el cascarillo.

Sería interminable la tarea, si me propusiera enumerar aquí cuanto vi en lo relativo a la flora, esa variedad sorprendente de árboles seculares, como la shiringa: esos mil otros árboles, buenos para la construcción y la ebanistería; esos festones de enredaderas cargados de almendras y granadillas; esos aromas deliciosos, buenos para las perfumerías; esos bálsamos, esas gomas y resinas de que tanto provecho sacaría la farmacia; esas raíces y esas

hojas delicadas, de que tanto partido sacaría la culinaria; esas fibras delicadas y resistentes a la vez, de que podrían hacerse los más caprichosos tejidos; esos helechos medicinales, esos alisos, buenos para instrumentos de música, para varillas de abanicos; esas orquídeas que como los helechos y los alisos se ven a las entradas de las selvas; esas flores infinitas y caprichosas, esos parásitos, esos árboles que tan a maravilla servirían para nuestros parques, y esas plantas de adorno que harían la delicia de nuestros salones.

Y lo que vi en la parte por mi recorrida, han visto otros viajeros en los demás territorios de ese infinito océano de verdura.

Fauna

Cuanto a la fauna, jamás me olvidaré de lo que, refiriéndose a las aves y los insectos, me dijo un naturalista alemán, que había pasado largos años en nuestras selvas orientales: que el Ecuador y la Polinesia eran los países más ricos del mundo.

No respondo del grado de verdad que encierre esta confirmación; no hago sino repetir las palabras de una persona autorizada en la materia.

Yo no tengo términos de comparación, porque no he estado en selvas de otros países, pero eso no quita que me hubiese maravillado al oír a los naturales del país, tanto y tanto nombre de

cuadrúpedos, de anfibios, de acuáticos, de reptiles, de insectos y de aves, de todo lo cual yo vi en gran parte con mis ojos. Pero si es verdad que tenemos el Yaguar, el Puma, el Oso, el Jabalí y otros puercos bravíos, lo mismo que el Caimán, y cien otros animales temibles, los cuales, si bien la industria puede sacar mucho partido de ellos, son el terror de las gentes; en cambio recordaré algunos de ese sin número de animales, que a la vez que son inofensivos, son gratos al paladar por lo delicado de sus carnes, o deleitan la vista y el oído por su plumaje y su canto. Desde luego recordaré cómo la carne más abundante allí es el pescado. Casi no había río de los muchos que yo pasaba, cuyas piedras no encontráse en extremo resbalosas; y cuando les preguntaba a esos moradores la causa de ello, me respondían que por el mucho pescado que había en esos ríos. En efecto, allí tenemos desde el Bocachico, el Sábalo, la Dama, el Barbudo, el Bagre, y otros que van ganando en calidad y en variedad extraordinaria, a medida que los ríos se aproximan al Marañón o Alto Amazonas. Con razón Wolf, después de hablarnos del rico pescado de la costa, como la Corvina, el Róbalo, la Liza, y muchos otros, dice: «Más rica en peces es todavía la región del Oriente, donde el Marañón comunica su abundancia a los tributarios grandes». Y añade: «Según Agassir el Amazonas alberga más especies de peces, que ningún otro río del mundo».

De esta abundancia de pescado en los ríos orientales, proviene el que los salvajes tanto y tanto cultiven el barbasco.

Las Tortugas o charapas abundan en el Oriente, y los huevos de este animal se encuentran por millones. Las Nutrias, de delicada piel, se ven asimismo con frecuencia en las orillas de los ríos.

Se ve también allá la corpulenta e inofensiva Danta, cuya carne es muy apetecida. La caza del Venado, es una de las delicias de esos habitantes, y los muchachos andan persiguiendo con sus cerbatanas y saetas las Tórtolas de los árboles, y los Armadillos, en los huecos de las peñas, cuya carne es delicada, y cuyas sonoras conchas sirven para instrumentos de música. Los muchachos se entretienen también en perseguir Lumuchas, Guatuzas y Conejos, cuyas carnes son igualmente apetecidas.

Siempre me he imaginado cómo en nuestras regiones orientales podríamos tener ciudades regias, y cómo podríamos procurarnos espléndidos festines, superiores a los de Lúculo, el famoso general Romano, sin necesidad de apelar a elementos exóticos, sirviéndonos tan sólo de los primores que la Naturaleza ha derramado a torrentes en estas selvas.

Podríamos verbigracia, tener magníficos palacios de mármol, de pórfido y granito, cuyas paredes y plafones estarían adornados de graciosos azulejos, y elegantes mosaicos, y fantásticos arabescos,

y mayólicas, y paisajes magníficos, con vistas del Sangay y el Amazonas, y cuyas aceras y azoteas estarían cubiertas de hermosos cementos, y pavimentados sus portales y salones de artísticos entarimados, y donde las estatuas de mármol y de bronce de los vestíbulos realzarían la suntuosidad de los palacios. Y en torno a cada edificio tendríamos jardines tan extensos y tan bellos, que aventajarían en magnificencia, entre los modernos, a los jardines de Versalles, y entre los antiguos a los famosos de la divina Semíramis. Y en las lagunas de los jardines veríamos revolotear los Quindes marinos y los Alcatraces, los Patos y las Gaviotas, y las Garzas de plumajes tan bellos que podrían competir con los del avestruz y el marabú.

Avenidas grandiosas de palmas, de hojas de abanico, y más árboles seculares de tamaño colosal, nos conducirían a museos zoológicos, en los cuales veríamos, entre los mamíferos, desde la Gran Bestia, que es el animal indígena más grande de Sud América, desde el Yaguar o Tigre americano, que es la fiera más grande y más temible de la América tropical, desde el Puma o León Americano, y el Lobo Marino, y el Bufeo y la Vaca Marina, hasta la diminuta Ardilla y otros roedores más diminutos todavía, pasando por las numerosas jaulas gigantes, donde deleitarían al espectador las numerosas especies de monos, desde el corpulento Brazilargo hasta el diminuto Chichico que se pier-

de en la palma de la mano. Y cuanto a reptiles, veríamos desde la boa gigantesca llamada Pángui por los jívaros, Cufchi por los macabeos, ora atravesados como vigas en los estanques, ora azotando el agua con la cola cesa de producir estallidos de cañón; veríamos desde las terribles y enormes Equis y Curimullimbuis, hasta los Papagayos, las Loras, las Corales y más víboras de colores brillantes. En cuanto a las aves, veríamos desde el terrible Churubi, de mayores proporciones que el Cóndor de los Andes, de cuyas alas los jívaros hacen flautas; veríamos desde el lúgubre Táyu, que vive en las cavernas, y que da de sí sus alas para magníficos Tayucunchis, desde el Guacamayo de hermoso plumaje hasta el diminuto Quinde Bum, que brilla como esmeralda, hasta el Gallo de la Peña que brilla como el rayo.

Respecto de las aves canoras se han calculado hasta 400 especies, en nuestras selvas orientales. De suerte que ya podemos imaginarnos magníficos conciertos de Ruiseñores, Luláiques, Pingulleros, con voces de oboe, Cherlecreces, Sachamangos, y cien otros, conciertos aquellos realizados por los millones de cigarras y el retumbar de las cascadas.

Y si en las aves he visto los colores todos del iris y de las piedras preciosas, el rojo brillante del rubí, el violado del amatista, el color cerúleo del lapislázuli y el zafiro, y el oro resplandeciente del topacio ¿qué no diré de esos millones de

aéreas y elegantes libélulas y mariposas, y más insectos de fuego y de brillantes, que pululan en esas selvas, en los cuales parece que el Dios de los Mundos ha querido ostentar su sabiduría infinita? Por mucho que hablara no podría dar una idea aproximada de lo que son esas como estrellas errantes, como doradas ilusiones que brillan en la oscuridad de esos bosques.

¿Qué lugar de la tierra, qué páginas de la Historia, podrían presentarnos palacios más suntuosos, ni jardines más magníficos, que los que podríamos tener en nuestras regiones orientales, con sólo las maravillas de esa naturaleza prodigiosa, sin necesidad de pedir prestado nada a las demás naciones? En ciudades de este género, podríamos tener grandiosos teatros donde se representarían dramas extraños, pero hondamente sugestivos. En palacios de este género, los opíparos banquetes podríamos ofrecer a los más potentos de la tierra, pues que para ello contaríamos con elegantes muebles de mimbres y de maderas preciosas, con mesas y aparadores de soberbios embutidos, con preciosas marqueterías a lo Boule, y lencerías soberbias. No solamente las artes de alto coturno podrían prestarnos allí sus bellas creaciones, sino también las más modestas, pero que no por ello son ajenas ni a la gracia ni a la elegancia, como la galvanoplástica, la glíptica, la cinceladura, la orfebrería, la joyería, la alfarería, y otras más. Y así contaríamos

con vajillas de finas porcelanas esmaltadas en oro, con vasos de bronce incrustado, con copas de oro y de ópalo, con jarros de jaspe con aleaciones de oro y cobre, con compoteras y bomboneras de cristal de roca esmaltada, con preciosas lacas y salvillas y más bandejas repujadas, con cucharones y cubiertos de plaqué, y tenedores de maderas especiales, delicadamente pulimentados, para aderezar las enzaladas. ¿Y qué es lo que podríamos ofrecer en estos banquetes? Pues sabrosísimos pescados, guisados succulentos, frituras exquisitas, variedades de carnes delicadas, con guisos varios, desde la tortuga y el pescado fino, hasta las perdices, las pavas, los paújes y los faisanes, y varias clases de perniles y exquisitos jamones y bombones y compotas y mermeladas, y licores de toda suerte de frutas y de esencias.

Y a los banquetes podrían seguirse los bailes con músicas sobre motivos orientales, ya que no a la manera griega, honesta y noble, como los que nos ofrece Isadora Duncan, pero sí a la manera de una Bayadera de la India, los de la Ujaja jívara, que mueve los coros de mujeres voluptuosas, cuyas pupilas brillan al través de las plumas de diostedé y de alas tornasoladas de moscardones y cocuyos, mujeres alegres y vehementes, cuyas caderas cadenciosas marcan el chilchil del *cungo* elegante, al compás de la sangre hirviente de sus cuerpos de fuego, excitados de antemano por la bebida de la

afrodisia *cimayuca*. Y todo ello en una atmósfera saturada de incienso y de aromas jamás imaginados.

Y si damos rienda suelta a nuestra imaginación acalorada y queremos engolfarnos en un mar de deliciosas ensueños, salgamos la noche tras el baile por esos jardines perfumados de azahares, que he pintado, y allí en esos ríos dormidos, como el Makumma, el Shimbimi, el Cusuimi, que tuve la fortuna de recorrer, donde la luna brilla al través de los follajes, allí embosquémonos en fantásticos barcos, y dejémonos ir en alas de músicas voluptuosas y de brisas perfumadas y tibias, al través de millones de estelas de luz que dejan los cocuyos, dejémonos ir río abajo, por entre esas islas misteriosas, por esas aguas que se ensanchan a medida que avanzamos, hasta alcanzar las proporciones de los mares en esos nebulosos confines del horizonte. Y si esto no nos basta y queremos arrancar nuevos y nuevos secretos al amor, a la voluptuosidad y al misterio, allí tenemos, no el opio de los chinos, no la morfina, sino algo más ejecutivo que todo aquello, allí tenemos el Hayahuasca, o el Natema o el Ñaje. Tomemos el zumo de aquellas raíces, y será para nosotros como si se abriesen de par en par las puertas del paraíso ¡Qué mundos y mundos a cual más bello veremos pasar como en prodigiosa fantasmagoría por nuestra imaginación calenturienta qué horizontes sin fin veremos dilatarse a nuestra vista, bañados de suave luz y

colores nunca vistos, poblados de ciudades lejanas y misteriosas! y cómo veremos pasar legiones y legiones de mujeres aladas y divinas, ejecutando danzas mágicas al són de armonías celestiales.... ¡Oh, los efectos del Natema!

Pero dejemos a los que lo han tomado que sigan soñando y engolfándose por esos horizontes de luz y sombras y misterio, y volvamos nosotros a la realidad prosaica de nuestra conferencia.

No se crea que en el festín imaginario que acaba de describir, me haya dejado llevar de un mero capricho de la fantasía. Todo cuanto he dicho, lo he fundado en la realidad del Oriente Ecuatoriano, y todavía he quedado corto. Y he dicho que he quedado corto, porque mi ignorancia es profunda acerca de los secretos que encierran esas selvas infinitas, que llaman a gritos a los sabios. No hay exageración al decir como se ha dicho, que aquella vegetación formidable aventaja en robustez a la del Africa, y en lozanía a las palmeras de la India, a lo cual añade Villavicencio, asombrado, que la variedad de árboles, arbustos y plantas es tanta, que se necesitarían años enteros para clasificar sus especies. En efecto la robustez de esos árboles es tal, que un día que andaba yo por esas selvas, me encontré con un obstáculo en el camino, que a primera vista me pareció una peña piramidal, tanto por la tierra que se dejaba ver, como por las piedras en ella incrustadas, al pie de la cual peña había un

gran charco. Mi sorpresa fue grande, cuando el gufa me hizo notar que aquello no era peña sino el asiento de un árbol corpulento que había derribado el huracán, y que aquel charco era el hoyo que había dejado el árbol. Medí la base de esa pirámide, y había tenido de un ángulo al otro 7 metros 77 centímetros. Y con todo, me decían que ese no era el árbol más corpulento de aquellas selvas, y que aún había otros de mayores proporciones. Y así era la verdad, pues poco después, a mi regreso a Macas, me topé con otro árbol caído, cuyo diámetro en la raíz medía con tierra y todo, 8 metros 82 centímetros. Luego seguí encontrando otros y otros, ya no caídos sino parados, de mayores proporciones aún que los anteriores. Y eso que no había llegado yo a la región más exuberante del Oriente.

Repito que mi ignorancia era grande, respecto de las propiedades de esa exuberante vegetación, y así me limitaba a admirar por el lado estético aquel conjunto maravilloso de plantas, de ríos y de cascadas, que me parecía los Campos Eliseos, cuyas puertas mantenía cerradas la indolencia de los ecuatorianos. Y en mis adentros daba la razón a Humboldt, que en su *Cosmos*, invita al paisajista a representarnos esas bellezas románticas y salvajes de nuestra Naturaleza tropical. Y ya me imaginaba ver esas hermosas creaciones, inspiradas por esos árboles floridos, esas palmas de hojas de cola de pavo real destacándose en los cielos, esas lianas que

parecen jarcias de buques gigantescos, esos festones soberbios de enredaderas, esos infinitos parásitos, y esas plantas no menos numerosas de hojas afelpadas, cuyas formas elegantes y caprichosas, parecen haber servido de modelo a los delicados cristales de Venecia. Y junto a todo aquello, esas aves, cuyo canto me dejaba estático, y cuyas colas magníficas superaban a las del ave del paraíso; y esos lagos donde se reflejaban los follajes, y esos ríos que parecían lagos, por lo dormidos, que semejabán serpientes monstruos por sus anillos.

No, lo que yo he dicho de esos ríos al imaginarme el festín, es nada. Yo he pasado noches de luna en esos ríos, y jamás como entonces había sentido en toda su intensidad y misterio esa poesía infinita que encierra en su seno la Naturaleza, poesía que se acrecentaba al considerar que esos ríos que tenía a la vista iban aumentándose en caudal y en misterio a medida que corrían, y que era tanta su extensión, que tenía que recorrer ciento y doscientas leguas, para llegar al monarca de los ríos del mundo, el Amazonas.

Reino Mineral

Si apenas he podido presentaros un pálido bosquejo de lo que en sí son los reinos animal y vegetal, en nuestras selvas orientales, no es menor mi ignorancia

respecto del reino mineral. Pero es preciso que os diga dos palabras sobre el asunto, aunque no soy ni geólogo ni mineralogista.

Asombrosa es la variedad de metales que existe en la Cordillera Oriental de los Andes, y en otras cordilleras, como el Cutucú, que se levanta en medio del océano de las selvas como ya he dicho.

En el festín he hablado de mármoles, de pórfidos, de fierro, de cobre, de plata, de caolines y algunas piedras preciosas, porque estoy seguro de su existencia en esas regiones. Pero mucho se asegura también la presencia de metales como el mercurio y el platino, y de piedras preciosas como la amatista y el rubí. Fuera de que es lógico suponer que debe de haber muchos minerales de especies varias y desconocidas en esos macizos gigantescos de rocas de todo género, que, merced a la acción del agua, y el calor, y la luz, y la electricidad, y el magnetismo, han ido sufriendo transformaciones sucesivas al través de miles y miles de siglos.

¿Y cuánto al oro? de propósito he dejado esta materia para tratar con mejor detenimiento, por cuanto es bien sabido que el oro es el metal que más abunda en esas regiones orientales. Villavicencio nos cuenta cómo los ríos que descienden del Cayambe y forman el Aguarico y las cabeceras del Putumayo, arrastran oro, el cual es cada vez más abundante y sus pepitas más gruesas, a medida que los ríos se aproximan a la Cordillera andina. El

mismo Villavicencio nos cuenta cómo la cordillera Guacamayo, da por el lado norte riachuelos auríferos que desaguan en el Coca, y por el sur otros ríos, asimismo auríferos, como el Payamino, el Paují y el Punino, con la seguridad de que el oro del Payamino es de 21 quilates, y de que en dicho río se han encontrado además granos de platino y muchos diminutos rubíes. Nos dice también que de la Cordillera de Galeras, que hace parte de la de Guacamayo, proceden los ríos Guambuno y Pucuno, que corren por cuencas auríferas. No garantizo la exactitud geográfica en las citas anteriores, que Wolf pone en tela de juicio, pero no es dudosa la existencia del precioso metal en los ríos mencionados, cualesquiera que sean sus orígenes y las direcciones que tomen.

También arrastran oro y en abundancia, los ríos que nacen de las Cordilleras comprendidas entre el Cotopaxi y el Pastaza que cruzan los Andes por el pie del Tungurahua, cordilleras que podemos comprender con el nombre genérico de Los Llanganates. Siendo de notarse la particularidad de que las erupciones del Cotopaxi suelen mirar los indios como un fausto acontecimiento, por cuanto saben de fijo que esas avenidas que van a dar al Napo, tanto oro arrastran que se cubren de ese metal las playas. El oro que desciende de esa extensa, terrible y misteriosa región de Los Llanganates, va pues a enriquecer por un lado al Napo, y por

otro al Bobonaza afluente del Pastaza. Aquí recordaremos también la particularidad de que el oro de la región de Canelos, esto es del Bobonaza, es de 22 quilates, al paso que el oro del Napo se ha dicho que solo tiene 20 quilates.

¿Y la región andina, que se levanta al sur del Pastaza será pobre de este metal? De ninguna manera. No parece sino que la gran cordillera de los Andes orientales en el Ecuador, se levanta sobre cimientos de oro. Bien sabido es que si penetramos al Oriente, ya no por Ambato y Baños al Pastaza, sino más al sur, por Riobamba, Licto, Pungalá y Guamboya, al Palora, afluente poderoso del Pastaza, por donde penetró la misión Tufiño-Alvarez, también nos encontraremos con la fama del oro en esos ríos, fama tan antigua y tan merecida, como que allí se hallaba en otros tiempos a orillas del Palora, "la célebre ciudad de Mendoza, tan afamada por sus minas de oro" como dice Villavicencio, y que desapareció en 1599 al soplo del huracán Jívaro que avanzó hasta allí en alas de Quirrúba. Y aún llegué a conocer uno de esos ríos auríferos: a mi compañero Tufiño y a mí nos mostraron uno que procedía del lado de los bajos contrafuertes del Sangay, y que venía a desembocar en Huamboya por la derecha del alto Palora que allí llaman San Antonio. Ese río aurífero era el Santa Ana, del cual nos dijeron que siempre que crecía, se podía recoger oro en abundancia en puntos determinados.

En confirmación de lo cual nos mostraron una batea en que lavaban aquel oro.

Ahora, si en vez de internarse al Oriente por Licto, Pungalá y Huamboya, nos internamos por más al sur, por Licto, Hattillo, Zuña y Chanalá, ya podemos decir, que hemos entrado a la verdadera región del oro, a la hoya del Upano, donde se halla la famosa Sevilla de Oro, con su prolongación, la hoya del Santiago el más aurífero de nuestros ríos orientales del cual hablaré luego.

En esta región sí que me consta, a lo menos en la pequeña parte que recorrí, el oro que encierra. Cuando el mes de Setiembre del año pasado salí yo por última vez del Oriente, los guías me mostraron, entre Macas y Chanalá, uno de los muchos arroyos auríferos que desaguan en el alto Upano. Como yo ya venía prevenido para el efecto, hice traer una batea para catear dicho metal. Y aunque los guías no eran nada diestros, y la operación se verificó de la manera más imperfecta, con todo, en los tres ensayos que hicieron, en todos tres tuve el placer de ver al fondo de la batea muchas laminas de oro, lo que probaba la riqueza aurífera de ese arroyo.

¿Y quién ignora la celebridad que en tan poco tiempo alcanzó la antigua Sevilla de Oro, que se extendía frente a la actual Macas, esto es, a la izquierda del Upano, que así mismo fue destruida por Quirruba? ¿Y quién ignora que su rápido desarrollo se debió al oro que por allí

abundaba? Abundancia tal, que a sus noticias, hasta de la aurífera región del Napo se vinieron a poblar el Upano los habitantes de las florecientes ciudades de Mazpa, Quijos, Baeza y otras poblaciones. "A los 23 años de estas fundaciones—dice Villavicencio, refiriéndose a las ya nombradas—la fama de las riquezas de Macas despertó la codicia de los españoles del Quijos y la mayor parte abandonaron las nuevas fundaciones para pasar a la célebre Sevilla de Oro."

Pero una vez en Macas, dejemos por un momento la hoya del Upano, y en vez de tomar al sur, hacia el Santiago, crucemos el Upano, crucemos la llanura de la antigua Sevilla de Oro, atravesemos por el noreste de Macas la Cordillera de Cutucú, paralela a los Andes, como he dicho, y a ocho días de Macas, esto es, a unas 25 o 30 leguas de distancia, daremos con otra cordillera, que con el nombre de Tindiuki-nainda se levanta en medio de la llanura inmensa. De dicha cordillera nacen dos ríos que unidos con otros van a dar al Makumma. Esos dos ríos son el Pángui y el Huauáymi. Pues bien, al segundo de estos ríos, los macabeos le han bautizado también con el nombre de Curi-entza, mezclando así la palabra quichua, *curi* que significa oro, con la jivara, *entza* que quiere decir río.

¿Y por qué le llaman Curi-Entza? Pues por el mucho oro que arrastra, al extremo de decir los habitantes de esas selvas, que contiene más oro que el mis-

mo Paute. Yo no llegué a esa Cordillera, pero pasé por cerca de ella, por las cabeceras de los afluentes del Pángui y el Curi-Entza, como eran el Shimbimi, el Cangáymi y el Cusuimi, y advertí por toda esa región la abundancia extraordinaria de cuarzo, por ríos y cerros, piedra silícea ésta, que si bien no nos prueba infaliblemente la existencia del oro, con todo su presencia siempre es un indicio que nos lleva muchas veces a descubrirlo.

Volvamos a Macas y tomemos al sur, por la hoya del Upano. A unas siete leguas de Macas, nos encontramos con un poderoso afluente del Upano, en el cual desagua por la derecha. Es el Utunungúza de los jívaros, que los macabeos llaman Tutanangósa. Este río imponente y terrible que en sus cabeceras tiene muchas minas de cal, baja de la cordillera de los Andes, y tiene fama de arrastrar oro de las alturas. Del Tutanangosa, al Namangósa de los jívaros, o sea el Mamangósa de los macabeos, y que nosotros llamamos el Paute, se puede calcular en unas doce leguas de distancia. Pues bien, los macabeos aseguran, que a medida que avanzamos al sur, del Tutanangosa adelante, el oro es más abundante en esos numerosos ríos y arroyos que se encuentran al paso, todos los cuales van a desaguar en el Upano, que es el Kanusa de los jívaros. Y lo que más me llamó la atención es que estaba muy conforme con esta fama la progresión ascendente del cuarzo desde el Tutanangosa hasta el

Paute, término de mi exploración. Ya he dicho antes, que el Paute y el Upano forman el aurífero Santiago, que es el Hunda-Kanusa de los jívaros. Me encuentro pues en la orilla izquierda del bello Paute, donde se hallaba la antigua Logroño, y del cual ya he hablado en páginas anteriores. Este río no sólo es interesante por su vegetación y su poesía, sino por el oro que arrastra, en abundancia tal, que le ha dado renombre. Los que comercian con el oro del Paute son los azuayos; ellos son los que están estableciéndose a uno y otro lado del río, y azuayo fue, como he dicho antes, aquel que me hizo conocer el sitio donde se hallaba la ciudad que destruyeron las huestes de Quirrua. «Es lástima—me decía este señor, al encarecerme la gran cantidad de oro que arrastraban esas aguas—es lástima que haya venido Ud. en días de tantas lluvias en que tan crecido está el río. Las crecientes son las que arrastran el oro de los cerros, y van depositando en ciertos lugares que nosotros conocemos con el nombre de «lavaderos», que por aquí son muchos. Al Paute es preciso venir cuando han bajado las crecientes. Si Ud. pudiera esperar unos días aquí, siguió diciendo, hasta que baje el río, ya vería Ud. el oro que cogiéramos, y de un color hermoso, porque es muy fino. Cuando quiero descansar de mis trabajos agrícolas me vengo a la playa a lavar oro: estas son mis distracciones. ¿Podría Ud. esperar unos días

aquí?»—Le manifesté que ello me era imposible, por cuanto nos hallábamnos en días de mucho llover y que entonces nadie sabía el tiempo que se podría emplear en el camino a causa de que los ríos habían crecido tanto, cosa de tener uno que esperar en las orillas días enteros; le manifesté asimismo que de Macas al Paute había hecho quince días, justamente a causa del invierno, pues que sólo en un paso del Upano habíamos demorado cuatro días y medio, y que tenía que volver a Macas, y que los víveres se me agotaban. Como viese mi resolución de volverme al siguiente día, «pues bien, me dijo, para que Ud. vea que aquí se encuentra oro por todas partes, voy a lavar donde Ud. quiera. Elija Ud. el punto». De propósito elegí uno que quedaba a unos cinco metros del río y en un nivel muy superior. Apartó las piedras gruesas que allí había y llenó de arena con guijarros y todo una batea redonda, de fondo cónico, y se acercó al río a llenarla de agua, y se dio a mecerla con cierto tino y a ir botando las piedras y la arena. Después de lo cual volvió a llenar de agua la batea para seguir meciéndola. Operación que repitió por varias veces, hasta que llegó un momento en que alzó la vista a mirarme con una risa de satisfacción en los labios. Es que ya el oro brillaba en el fondo, y ese brillo le hizo brillar los ojos de alegría, lo cual fue para mí una sorpresa en extremo grata, porque al punto comprendí lo que

valfan esas montañas vecinas. «Y cuanto más abajo de aquí, el oro es más menudo, siguió diciendo, y cuanto más arriba, las pepas son más gruesas».

Ignoro si toda la hoya del Paute es aurífera, pero sí puedo asegurar que desde el Cantón de Gualaceo, vecino a Cuenca, el Paute, que de Cuenca toma al E. N. E., hasta romper la cordillera para tomar al E., luego al N. N. O., por fin al S. S. E., formando una gran curva hasta unirse con el Upano, el Paute va recibiendo tributarios muy auríferos, como el Sigsig, al cual según Wolf han entrado antes otros más pequeños pero muy auríferos, como el Nolon, Ninas, Santa Bárbara y Ayón. El mismo Wolf nos habla de las famosas *huacas* de oro, de alto interés arqueológico, que fueron encontradas en Chordeleg, una de las parroquias del Cantón Gualaceo. Respecto del oro del Sigsig, y de las Huacas de Chordeleg, oigamos a Villavicencio, que en este punto es más explícito (1) «Chordeleg.—En el pueblo y sus cercanías se han hallado depósitos de alhajas de oro, de los Incas, tales como llautos con plumas, argollas, collares, pulseras elásticas, bastones, petos, medias lunas, grandes tupus, etc. Estos depósitos se hallan haciendo escavaciones y han dado hasta el día algunos quintales de oro; probablemente se sacará mucho con el empeño que se tiene en estas esca-

(1) Véase también a González Suárez.

vaciones. Estas piezas son de un oro fino; su trabajo es hermoso y en láminas delgadas. Por su hechura y el tiempo en que fueron construídas, merecen un Museo; pero desgraciadamente lo más se ha fundido sin el menor respeto».

«Sigsig.—Es un pequeño pueblo de indios, en cuyos alrededores se halla minas de brea, absalto en abundancia, semejante a la que se encuentra en la montaña de Collay tras el Allcu-quiroy. En Sigsig hay minas de oro, como el Collay, Cari-guasiñan, Huarmi-guasiñan; estas minas, sin duda, fueron trabajadas por los indios antiguos y con ese material se hicieron las alhajas halladas en Chordeleg y otros varios depósitos o tumbas».

La región de Gualaquiza, más al sur, cuya cabecera es Siccig, asimismo es rico en minerales de oro según Villavicencio y Wolf.

Si continuamos nuestra exploración hacia el sur, nos encontramos con que los Andes nos proporcionan nuevas perspectivas minerales, entre las cuales resalta siempre el oro por su valor y su cantidad, hasta el Chinchipe, donde hizo estudios especiales el minero lojano Wite.

Según Villavicencio, en el cantón de Loja se encuentran oro y plata en el pueblo de Chuquiribamba; mercurio y cobre en Masanamá, donde hay también cristal de roca y mármoles de colores y pizarras y diversas minas de cal. Pero dejemos lo interior del país, trasmontemos la cordillera, al N. E. de Loja, y en plenos bos-

ques orientales nos encontraremos con los pueblos de Zumba y Chito, que en lo antiguo formaban parte del Gobierno de Pacamoros, que existía entonces. Pues en las cercanías de estos pueblos, se encuentran las minas de oro de la antigua Zamora; oro en forma de vetas y de lavaderos, como los de San José, que han quedado abandonados, desde la sublevación de los jívaros. «Sus terrenos son auríferos como en el Quijos, y con las mismas dificultades que los bosques orientales», dice Villavicencio. Cualquiera comprenderá que estas dificultades provienen sólo de la falta de caminos.

El Santiago

Pero antes de pasar adelante, quiero insistir sobre la importancia aurífera del Santiago, y no vacilo en afirmar que, en este sentido, ocupa el primer puesto entre nuestros ríos orientales. Parecerá esto una anomalía, supuesta la fama que de aurífera goza la región del Napo verbigracia. Más sin desconocer la prodigiosa riqueza de aquella región, quiero dejar sentado una vez por todas, que el Santiago es el más aurífero de nuestros ríos orientales. ¿La razón? Muy sencilla. Tanto más arrastran oro dichos ríos, cuanto más se aproxima su origen a la Cordillera, puesto que entonces están muy cercanos de los yacimientos que pa-

san lavando, y puesto que en ese derecho las aguas son impetuosas y arrastran fácilmente los cuerpos más pesados. Pues bien, el Napo, a medida que avanza tiende a separarse cada vez más de la Cordillera y a internarse hacia la vasta llanura del Este. Y así sucede cómo mientras en sus principios arrastra oro grueso y en abundancia, como en el Cando, por ejemplo, donde se encuentran pepitas de algunos castellanos de peso, ya frente al pueblecito del Napo, el oro, aunque en láminas gruesas todavía, no lo son tanto como en el Cando, y en la desembocadura del Suno, ya el mineral sólo aparece en forma de finísimo polvo; hasta que por fin, donde el río va dormido y ha perdido la corriente toda su fuerza, el oro ha desaparecido casi en absoluto, como se advierte desde antes de la confluencia del Napo con el Coca. El Santiago, a la inversa de aquél, casi no se aparta de la gran Cordillera, con la que mantiene una situación más o menos paralela en todo su curso, durante el cual va recibiendo numerosos ríos auríferos, que desaguan a él con violencia. Wolf afirma que todos los ríos de la Cordillera oriental son auríferos, pero que sus mejores lavaderos se hallan en la provincia del Azuay, desde el Ashcuquiro, hasta el Yanaurco en los confines de la provincia de Loja. Y adviértase que eso de mejores lavaderos, no sólo se refiere a la cantidad, sino también a la calidad, puesto que los afluentes del Santiago arrastran oro de hasta 22 quila-

tes, como en la provincia del Azuay, y de hasta 22½ como en la de Loja, en Samanamaca.

Con razón el sabio Wolf, en un momento de amargo reproche a los ecuatorianos; dice: «No soy de la opinión de algunos, que creen que los lavaderos de oro, y en general las minas de oro del país, se hallan agotadas. Lo que falta para hacerles productivas, como en la antigüedad, es el espíritu emprendedor y la constancia.» Y más abajo añade: «Se oye a veces la queja de que los lavaderos se han agotado, y de que ya no son tan ricos como en tiempo de los indios y de los españoles. Esta queja y esta opinión están mal fundadas, y lo cierto es solamente, que se ha acabado el espíritu emprendedor y la constancia de los antiguos. —¿Quién ha establecido en los últimos dieciséis siglos un trabajo regular en los lavaderos, con la gente necesaria, en bastante extensión, con los auxilios y recursos convenientes y además con la constancia debida? ¡Nadie! Si los antiguos sacaban mucho el oro de los lavaderos, era porque trabajaban y no porque esos eran más ricos; y podría decirse lo mismo en cuanto a las demás minas. Muchas veces oía preguntar: ¿de dónde tienen los indios su oro? donde existen o existieron las minas tan ricas, que dieron esas cantidades de oro ¿acaso se habrían agotado o perdido? Yo no reparo en opinar que la mayor parte del oro, que se encontró en Cujitambo, en Chordeleg y en otras *Huacas*, y que

los conquistadores encontraron entre los indígenas de esta Provincia (del Azuay), provenía de los lavaderos de Nabon, Sig-sig y Collay, sin suponer que éstos entonces hubiesen sido mucho más ricos que ahora, y sin recurrir a la hipótesis y a las fábulas de las minas *tapadas*».

Han pasado ya muchos años desde que Wolf dijo esto, y con todo siguen las cosas como en tiempo de Wolf.

El Morona

He hablado del más aurífero de nuestros ríos orientales, cual es el Santiago. Ahora voy a probar que el Morona, con el cual casi se codea el anterior, es el más navegable de nuestros ríos en el Oriente. Y para esto, lo más concluyente es citar las observaciones de los prácticos, entre los cuales se cuenta la de un notable ingeniero de la Comisión Corográfica del Perú, quien después de recorrer y medir el Morona, dice lo siguiente: «El río Morona me parece navegable por vapores pequeños hasta tres o cuatro leguas de la confluencia con el Miasal». Y eso que el ingeniero sólo se refiere al Miása, que cuanto al Makumma, que con el Miása forma el Morona, es navegable, a vapor en una extensión mucho mayor, que en balsas y canoas, el Makumma es navegable, como las tres cuartas partes de su extensión total, es decir, que es navegable como en unas cuarenta leguas, y

desde un punto que apenas tiene al Ferrocarril del Sur en Riobamba, unas 35 leguas de distancia más o menos.

El Presidente de la misma Comisión Orográfica, en el parte que el 2 de Abril de 1867, pasó al Comandante General de Loreto, dice lo que sigue: «Desde la isla mencionada (Yacuincha) para adelante, el río Morona, por su caudal, por su mansedumbre y por todo respecto, manifiesta ser favorable a la navegación en cualquiera clase de embarcaciones.»

La isla de Yacuincha, a que alude el informante, se halla en el Miása, esto es, antes de unirse con el Makumma para formar el Morona.

Cuando el Comandante General del Departamento fluvial de Loreto envió el vapor «Napo», al mando del Mayor de órdenes de Iquitos, Capitán de Fragata don Mariano Vargas, a observar personalmente el Morona, que acababa de descubrir un atrevido ecuatoriano; el Sr. Vargas subió hasta más arriba del mencionado río, y a su vuelta informó lo que sigue: «No tengo embarazo en asegurar ante estas soledades y el mundo civilizado: que el río Morona es uno de los de más fácil navegación, entre los muchos que conozco. Fondo constante desde dos y media brazas hasta cuatro. Corriente de una, dos y hasta tres millas; sólo en pocos puntos y distancias cortísimas excede de dicha velocidad. El fondo del río es aparente para buques de mayor porte que el Napo».....»

El Almirante Túker, citado por Raimondi en su notable libro titulado «El Perú», después de haber practicado trabajos de sonda en los principales ríos de nuestra región oriental, se expresa en los términos siguientes:

«El Napo no es navegable, sin riesgo, sino 90 millas arribade su desembocadura, es decir: hasta la confluencia del Coca; sólo en las fuertes crecientes pueden surcar algo más vapores pequeños.

«El Pastaza no es navegable con seguridad ni hasta Andoas, o sea hasta la confluencia con el Bobonaza (54 millas), a causa de que el lecho es muy ancho y pierde por tanto el canal diariamente.»

«El Tigre no es navegable más acá de su desembocadura sino 60 millas.

«El Santiago no es navegable sino desde que recibe al Paute, 45 millas abajo de Macas, y tiene el insuperable inconveniente del Pongo de Manseriche, sobre el cual desemboca a distancia de cinco millas. Más el Morona es navegable desde su desembocadura en el alto Amazonas, 30 millas abajo del Pongo de Manseriche, hasta las breñas de la cordillera oriental de los Andes, en la extensión de 345 millas: su corriente es más suave que del mismo Marañón, su canal invariable; su fondo aún en la seca, es suficiente para buques de regular calado, su anchura mide 150 metros, y el territorio por donde se desliza, el más rico de las regiones amazónicas.

También en nuestros días Mr. Julián Fabre, gerente de la compañía Colonizadora Franco-Holandesa, ha hecho estudios detallados del Morona, que ha consignado gráficamente en un hermoso plano en grande escala. Y la admiración de Mr. Fabre por el Morona, no tiene límites, pues que considera a este gran río como la canal maestra de un sistema fluvial imponente, compuesto de numerosos ríos que parecen lagos, por donde se puede transportar, ya sea a la Sierra, ya al Marañón, y viceversa, los numerosos productos de estas exuberantes regiones y artículos de comercio.

Caminos

No en vano he probado la excelencia de los ríos, que corren paralelos y vecinos entre sí: el Santiago y el Morona. Lo que con ello me he propuesto es hacer ver lo trascendental que sería para el porvenir de la República, un camino que, partiendo de la provincia de Chimborazo, terminase en el Marañón, pasando por entre aquellos dos ríos, el Santiago, el más aurífero, y el Morona, el más navegable de nuestros poderosos afluentes del Amazonas.

Caminos he dicho. He aquí el objetivo primordial de esta conferencia. Aquí está el secreto de nuestra pobreza, a pesar de tantas riquezas, y de nuestra pequeñez, a pesar de tanta grandeza: la falta de ca-

minos al Oriente. He dicho antes que era el Oriente los Campos Elíseos del Ecuador, pero que sus puertas estaban cerradas para nosotros.

He aquí el problema por resolver: abrir esas puertas. Pero para ello no hay más que una llave: caminos. Si el Destino hablara y le preguntáramos qué necesita el Ecuador para ser grande: Caminos al Oriente respondería. Y esa respuesta sería sabia, porque implicaría el conocimiento profundo de lo que allá tenemos.

Todos los grandes patriotas que de veras se han interesado por la suerte del Ecuador, nos han hablado en frases elocuentes acerca de la necesidad de construir caminos al Oriente y de procurar su colonización. Entre las conferencias organizadas por la Sociedad «Jurídico-Literaria» en Quito, he escuchado las palabras vibrantes de los ya mencionados, Luis Martínez y el P. Vacas Galindo, en pro de un ferrocarril de Ambato al Curaray. Sus palabras no se llevaron el viento, y si bien hubo un Presidente que despilfarró sus fondos sagrados, hubo otro, en cambio, que supo secundar los nobles anhelos de esos grandes patriotas, y ahora la obra del Ferrocarril al Curaray se trabaja con empeño.

Mas, por desgracia, una obra de este género, por su naturaleza es lenta, y pasarán años hasta que llegue a su término. Además el Ferrocarril al Curaray sólo podrá beneficiar una sección del Oriente, sección importantísima por

cierto, y tan extensa como importante, cual es la relativa a la gran parte de la hoya del Napo, la del Tigre y parte de la del Pastaza; pero desgraciadamente su benéfica influencia no podrá extenderse ni a las apartadas regiones del norte ni a las no menos dilatadas del sur. Y así quedarán fuera del radio de su acción, por un lado las ilimitadas cabeceras del Napo, del Putumayo y el Caquetá, paralelas a las provincias de León, de Pichincha, Imbabura y el Carchi, gran parte de las cuales regiones fueron cedidas a Colombia por el malhadado Tratado Andrade-Betancourt, tratado que afortunadamente se negó a aprobar el Congreso del Ecuador si no estoy mal informado, aunque el de Colombia, como es natural, apresuróse a hacerlo. Por otro lado, tampoco podrá el Ferrocarril del Curaray, extender su acción benéfica hacia el Morona y el Santiago, no sólo por la distancia sino sobre todo por los ríos extraordinariamente caudalosos que se interponen, como el Pastaza, el Lluçino, el Palora y otros.

Ya he dicho cómo el Oriente es inmensamente más grande que la Sierra y la Costa reunidos, y si el ferrocarril de Guayaquil a Quito, por ejemplo, deja aisladas por un lado a las provincias de Imbabura, del Carchi, de Bolívar, de Los Ríos, de Manabí, de Esmeraldas, y por otro la de El Oro, de Cañar, del Azuay, de Loja, esto es casi toda la Sierra y casi toda la Costa, ¿qué no diremos en tra-

tándose del Oriente, en donde a más de la extensión, la naturaleza se ha complacido en levantar a modo de barreras infranqueables, esos ríos monstruosos que separan unas regiones de ótras? Qué recurso nos queda, en consecuencia, para aprovecharnos cuanto antes siquiera de una parte, pero de la mejor de las riquezas del Oriente, hasta que se verifique la obra lenta, pesadamente lenta del ferrocarril al Curaray?

Construir a la brevedad posible una carretera, que de la provincia de Chimborazo vaya a dar al Marañón.

Este camino, que en todo caso partiría de Riobamba, podría pasar, o bien por Licto, Pungalá, Huamboya, y la antigua Sevilla de Oro; o bien por Licto, Hatillo, Zuña, Abanico y cabeceras del Sangay, afluente del Upano, y la antigua Sevilla de Oro; o bien Licto, Hatillo, Zuña, y Macas, para luego, unas cinco leguas al sur de Macas, y de la antigua Sevilla de Oro, pasar el Upano, que allí es angosto, como ya tuve ocasión de informar al Supremo Gobierno, después de mis exploraciones posteriores a la Misión Tufiño-Alvarez.

En cualquiera de los tres casos, la carretera continuaría desde Sevilla de Oro, hacia el Sur, por entre la Cordillera de Cucutú y el Upano, y más abajo por entre los ríos Morona y Santiago. En Sevilla de Oro podría bifurcarse la carretera, tomando también hacia las bellas e ilimitadas llanuras del navegable

Makumma que, con el Miáza o Hunda Mangosiza forma el Morona, llanuras por las cuales hay puntos por donde tanto se aproximaría la carretera al Pastaza, que un ramal de unas tres leguas bastaría para dar con este gran río en su parte más navegable.

Todos comprenderán el por qué de mi empeño porque la carretera pase por entre el Morona y el Santiago.

Pues por las razones que ya tengo sentadas, cuales son, que el segundo es el más aurífero de los ríos del Oriente, y el primero, el más navegable de los mismos, a lo largo de sus ciento quince leguas, sin contar con que el Miáza y sobre todo el Makumma, son navegebles a vapor como he dicho, en una extensión de muchas leguas.

Pero además de las razones expuestas, hay ótra, cual es, que los dilatados campos de Macas, Sevilla de Oro, el Makumma y la cordillera de Cutukú y varias otras regiones por allí, se prestan, a más del cultivo de la agricultura, para la ganadería en grande escala, como ya lo he manifestado.

Pero a más de estas razones hay ótra, poderosa, para querer que pase la carretera por entre el Morona y el Santiago, y es que entonces, vendría fácilmente a empalmarse con el ferrocarril de Puerto Bolívar al Marañón, cuyos estudios preliminares está ya verificando un francés muy laborioso y muy amigo del Ecuador, con muy competentes ingenieros, Mr. Ju-

lián Fabre, de quien ya he hablado anteriormente. La carretera sería ancha, y debería llevar una capa de macadam a fin de adaptarla al uso de automóviles.

Se me dirá por ventura: la idea es excelente, pero ¿y el dinero?

Cierto que el dinero es el gran motor de los pueblos, y que donde él falta todo se paraliza. Mas por fortuna tenemos un Decreto Legislativo del año pasado, por el cual se autoriza al Poder Ejecutivo para que, por sí o por empresario, proceda a la construcción de un camino carretero, de la provincia del Chimborazo a la Región Oriental, por la zona que estimare conveniente. En ese Decreto se señalan fondos para la obra, y su consiguiente colonización, de cuya recaudación, algo difícil, podría encargarse una Junta autorizada por el Ejecutivo. Dicha Junta podría ser la misma que se ha dignado patrocinar la presente conferencia. Y no sólo podría, sino que debería ser, dado su noble y patriótico fin, y dada la calidad de sus honorables miembros, entre los cuales se cuenta también el Sr. Carlos Alberto Flores, el mismo que el año pasado en su calidad de Diputado por el Guayas, tanto y tanto se interesó por el centenario del 9 de Octubre de Guayaquil y por una carretera del Chimborazo al Oriente. Y no vacilo en asegurar que el celo patriótico de esta Junta tendría el más completo buen éxito, supuesto el ambiente favorable en que funciona, puesto que Guayaquil, no

sólo es la ciudad del capital, sino también de las grandes empresas y del más acendrado patriotismo. La misma Junta podría servirle al Ejecutivo de punto de apoyo para ulteriores fines relativos a la realización de esa obra redentora. Aunque algunos fondos que señala el Decreto Legislativo en referencia, son de difícil recaudación; otros hay, por el contrario, que son muy fáciles, y que bien podrían servir de segura base para la empresa, como es los cinco centavos al aguardiente acumulado en la República hacia el primero de Enero de cada año, a contar desde 1915.

Vista la extensión inconmensurable del Oriente Ecuatoriano, vistas sus riquezas inagotables en los tres reinos de la naturaleza, y construida la carretera hacia el Marañón ¿cuáles serían las consecuencias para el porvenir del Ecuador? Las consecuencias son tan múltiples y tan extraordinarias, que no sólo implican la integridad territorial y el engrandecimiento de la República, sino el incremento mismo del comercio universal.

Integridad territorial he dicho. Esta sola consideración debería ser harto poderosa a los ecuatorianos a movernos a construir cuanto antes la carretera que me ocupa. La planta peruana está hollando el suelo ecuatoriano, no solamente en el Putumayo y el Napo, no solamente en el Tigre y el Pastaza, sino hasta en aquellos ríos que la misma prensa de Lima declara estar fuera de litigio, cuales

son, el Morona y el Santiago. Que no? Pues ahí está la fuerte guarnición que el gobierno del Perú mantiene en el alto Morona, esto es en la confluencia misma del Makumma y el Míaza.

Cuanto al Santiago, se ha llegado asimismo al extremo de formarse en Iquitos la «Sociedad Aurífera Nacional del Santiago», con el exclusivo objeto de explotar el oro del gran río y sus afluentes.

Cierto que nuestra Cancillería y nuestro Representante en Lima, han estado alertas en el asunto, y han hecho las reclamaciones del caso, y hasta han formulado protestas. Mas a todo esto la almirada diplomacia peruana ha contestado en expresiones en extremo corteses, cosa de dejar satisfecho el amor propio de los ecuatorianos, pero sin ofrecer nada que indique la intención siquiera remota de respetar el «statu-quo». Y no sólo *no ofrece nada*, sino que por el contrario, en nota de 2 de Abril del presente año, el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores de Lima, dice a nuestro Plenipotenciario, entre otras cosas, lo siguiente: «En cuanto a la aseveración de V. E. de que se trata de entregar a Zumaeta una vasta extensión de territorio en zona exclusivamente del Ecuador», me veo obligado a declarar, a mi vez antes de terminar, *que el Perú mantiene en toda su integridad los derechos que le asisten, en virtud de sus títulos de dominio, a la región bañada por el río Santiago».*

Y el Perú lo que dice hace, y entre pro-

testas de amistad y acercamiento a la Nación hermana del Ecuador, sigue avanzando por el Morona y el Santiago, aún por donde antes no había venido. El Perú, a pesar de las protestas de nuestros diplomáticos, una vez que puso en un lugar dado su planta, como la bubónica, jamás retrocede, sino que por el contrario, aunque lentamente, avanza siempre.

Pues si el honor nacional está ultrajado, si la integridad nacional está amenazada, a pesar de nuestra diplomacia, y si el peligro aumenta a medida que corre el tiempo, ¿qué recurso nos queda a los ecuatorianos, si no hemos degenerado, y si no nos hemos resignado a ser devorados por el más fuerte? No nos queda más que un medio, pero eficaz, rápido y económico: construir una carretera de Riobamba al Marañón.

Tras el camino vendría la inmigración, y con ella la riqueza y la fuerza.

Ya he dicho en otras publicaciones cómo la historia del género humano nos trae mil ejemplos de cómo los pueblos más grandes han sido aquellos que mejores vías de comunicación han tenido. Todos sabemos qué clase de carreteras tenían los señores del mundo, los Romanos. Los poderosos Incas jamás hubieran llegado a avasallar tanto pueblo, si hubieran carecido de esas grandiosas vías de comunicación que construyeron.

Oigamos a Humboldt respecto de esas vías incáicas:

«En el paso de los Andes llamado el páramo de Azuay, camino muy frecuentado que lleva de Alausí a Loja, y atraviesa la Ladera de Caulud a 4.732 metros sobre el nivel del mar, casi a la altura del Mont Blanc, nuestras mulas cargadas con exceso, no habían podido avanzar sino con gran fatiga por el suelo pantanoso de la meseta de Pullal, mientras que cerca de nosotros seguía la vista sin interrupción, y en una extensión mayor de una milla alemana, los restos del grandioso camino de los Incas, de 7 metros de anchura próximamente, y que descansa sobre construcciones que penetran a gran profundidad en el suelo. Constituyen su piso trozos de pórfido trápico de color pardo negruzco. Ninguna de cuantas vías romanas he visto en Italia, en el Mediodía de Francia y en España, era más imponente que estas otras de los antiguos peruanos; y lo que es más, me aseguré más todavía por medidas barométricas, de que se encontraban a la altura de 3.391 metros, es decir, unos 320 por encima del pico de Tenerife. Hemos encontrado restos aún más magníficos de las antiguas vías peruanas, en las que conducen de Loja al río Amazonas, cerca de los baños de los Incas, sobre el Páramo de Chulucanas, poco distante de Guancabamba, y al rededor de Inगतambo, junto a Pomahuaca, . . . De estos dos sistemas de caminos, cubiertos de baldosas, y aún a veces de guijarros cimentados que forman un verdadero macadam,

atravesaban unos la gran llanura estéril que se extiende entre las orillas del mar y las cordilleras de los Andes, y surcaban otros la espalda misma de las cordilleras. Piedras miliarias, colocadas a intervalos iguales, indicaban frecuentemente las distancias, y había puentes de hamaca o de maroma para salvar los arroyos y precipicios. También existían acueductos para surtir de agua las hospederías o tambos y a las fortalezas. Ambos sistemas de caminos iban a parar a la Capital del Gran Imperio, la cual tenía a la vez su punto céntrico en el Cuzco, situado a los $13^{\circ} 31'$ de latitud meridional, y a 3.467 metros sobre el mar, según el mapa de Bolivia diseñado por Pentlan.

Y en otra parte añade: «Las dos residencias de los Incas, el Cuzco y Quito, distan entre sí 375 leguas, si se las supone colocadas sobre una misma recta que del Sur sudeste se dirigiera al Nor nordeste. Garcilaso de la Vega y otros conquistadores avalúan esta distancia, haciéndose cargo de los numerosos rodeos del camino, en 500 leguas».

Pero no sólo Humboldt, también otros viajeros, como Sarmiento, como Hernando Pizarro, manifestaban igual admiración por las carreteras de los Incas.

Cuanto a los tiempos modernos, no construir caminos es quedarse rezagados. Las naciones en el día, no sólo andan sino que corren, y no sólo corren sino que vuelan. Y en medio de esta actividad maravillosa del mundo que nos en-

vuelve, quedarnos nosotros muy sentados, alegando pobreza y tullimiento, es acrearnos el deprecio universal y exponernos a ser triturados por el carro del vecino.

La gran Nación del Norte a la que tanto con razón tememos, puesto que trata de engullirse a nuestra raza, ¿por qué es tan grande, por qué es tan fuerte? Porque supo construir caminos. No caminos pequeños, como los que yo pido, sino vías férreas extensas, al través de desiertos dilatados. Entonces no existía población ninguna en ese desierto inmenso del Oeste al Este de la Unión, no había más que Pieles Rojas, y con todo, los yanquis no vacilaron en construir una vía férrea de dos mil leguas, con el nombre de Ferrocarril Central del Pacífico. Este ferrocarril fue la vara mágica que hizo surgir poblaciones y riquezas. Y los desiertos se tornaron en California, en Nevada, en Colorado, en Montaña, y cien otras ciudades populosas.

Ya he dicho que con caminos al Oriente aseguraríamos la integridad territorial, y salvaríamos el honor de la Nación. Si no hubiera otras, bastarían éstas de honor y de propia existencia, para construir caminos al Oriente.

Pero a más de éstas hay otras de gran peso que deben movernos a ello; y es que con dichas vías de comunicación aseguraríamos el incremento de la riqueza nacional a un grado extraordinario. Ni podría ser de otro modo, dada la extensión de esas regiones y la benignidad de

esos climas, y las riquezas colosales que los siglos han ido amontonando, las que sólo esperan la mano del hombre para ser beneficiadas; y dada, en fin, esa fertilidad asombrosa del suelo, del cual brotan de la noche a la mañana, como por arte de encantamiento, los más preciados frutos.

Se improvisarían las poblaciones, y con ellas las fábricas de todo linaje: imprentas, ingenios de azúcar, manufacturas como las de sombreros de paja toquilla, y maquinarias para extraer minerales, y ótras para tejidos, y ótras para fabricar papel, y ótras para fabricar botones de marfil vegetal, y ótras para refrigerar las carnes que nos suministraría el ganado de esas vastas dehesas. Y todas esas maquinarias estarían movidas por electricidad, producida por esas numerosas y potentes cascadas que allá tenemos.

Los ingenieros electricistas que midieron la fuerza motriz del Salto del Agoyán, aseguran que dicho Salto puede desarrollar hasta doscientos mil caballos de energía eléctrica, y que para mover el ferrocarril al Curaray por electricidad, bastaría en sus principios la fuerza de quinientos caballos. Por donde se verá el gran tesoro que sólo en el Agoyán está reservado para el porvenir de la República.

Pero si no tenemos caídas como el Agoyán, en la región de la cual me ocupo, tenemos en cambio muchos que no por ser de menores proporciones dejan de ser imponentes, y tanto, que su ruido resue-

na con fuerza en las grandes concavidades de las montañas. Tenemos las famosas cascadas del Shimbími, del Cusuími, del Cangaymi, del Aindicáymi y cien otros que del Cutukú y los Andes se desprenden a engrosar el Morona y el Santiago, donde dínamos de menor costo podrían producir corrientes para todas las maquinarias y para todos los parques y para todas las cocinas y para todos los salones. Los ciento cincuenta millones que más tarde poblarán nuestras selvas orientales, tendrán electricidad, no sólo para su consumo sino para los países vecinos, como por ejemplo, para las ciudades y las industrias del bajo Amazonas, donde las aguas van dormidas, en una extensión de más de mil leguas, de Oeste a Este.

Pero los caminos al Oriente no sólo nos asegurará la integridad territorial, no sólo mantendrán en alto el honor de la Nación, no sólo facilitarán el incremento ilimitado de la riqueza del país, sino que también contribuirán poderosamente al desarrollo del comercio mundial, puesto que nuestro Oriente forma parte de la magnífica Hoya Amazónica, a donde, según la sabia profecía de Humboldt, llegará a reconcentrarse la humanidad.

Será para llenar libros enteros si fuera a recordar lo que grandes pensadores, desde La Condamine hasta Roosevelt han dicho acerca de los futuros destinos del Amazonas. Los sabios académicos Juan y Antonio de Ulloa di-

cen que «nada será más conveniente para el comercio universal y el bienestar de esa multitud de hombres que vagan por las poblaciones, en donde la exuberancia de trabajadores los deja sin destino, que el descubrimiento de una vía que, aprovechando de la navegación del gigante de los ríos y de alguno de sus afluentes, comunicará los dos Océanos, facilitará la colonización de los puntos más hermosos del nuevo continente, la explotación de sus inmensos tesoros y el desarrollo de varias naciones de la América española».

Humboldt no se cansaba de excitarnos a construir caminos como el que me ocupa.

Ahora oigamos al sabio viajero Carrey que, en su entusiasmo, se expresa en los siguientes términos:

«Los innumerables afluentes del Amazonas forman entre sí decenas de millares de leguas de ríos navegables. Se junta este río por una parte al Orinoco, cuya desembocadura está casi a 300 leguas al Norte de la suya; por otra parte, por medio de un canal de pocas leguas, podría unirse al Plata, cuya desembocadura está a 900 leguas al Sur del Pará. En mi concepto, es el sistema hidrográfico más grandioso para el porvenir de la humanidad que existe en nuestro globo. Esta inmensa red de ríos, que cubren más de los dos tercios de Sud América; que es como la vida interior del Brasil, y de las

otras cinco Repúblicas, y una parte de las tres Guayanas, que por sí sola puede servir de vía de comunicación a una extensión de 500 leguas en latitud y más de 600 en longitud, desemboca en el Atlántico a menos de doce días de Europa, a veinte horas de Cayena y a lo largo del territorio disputado entre la Francia y el Brasil.

«Por esta boca fácilmente accesible es por donde se pretende hacer pasar, algún día, más de los dos tercios del comercio de la América. Por esta boca es por donde la mayor parte de los pueblos esparcidos sobre este vasto continente deben exclusiva y libremente pasar para sus relaciones internacionales. Por esta boca es por donde penetrará la civilización al Continente Sudamericano, cuando llegue el día en que se cumplan las proféticas palabras del más ilustre de los verdaderos sabios de nuestra época, del varón de Humboldt, cuando dijo: «Allí es donde tarde o temprano debe concentrarse un día la civilización del globo».

Se comprende el asombro de estos grandes sabios, al contemplar en imaginación la futura grandeza del Amazonas, si se toma en cuenta la riqueza acumulada por miles de siglos en una hoya de la cual se ha dicho es seis veces más grande que la Francia, y por donde el río Monstruo tiene que recorrer mil quinientas leguas hasta llegar

al Atlántico, y por donde va recibiendo mil y tantos poderosos tributarios, que son como las arterias de tantos países, cuales son las tres Guayanas, Venezuela, y Colombia, y el Ecuador, y el Perú, y Bolivia, y el Brasil; y por último, al considerar cuánta es la latitud de esa hoya inmensa, si recordamos que sólo el río Negro, tiene que recorrer antes de llegar al Amazonas, una extensión de 310 leguas, y el Xingu, otra mayor, de 396 leguas, y el Tocantín, otra mayor todavía, de 528 leguas, sin contar con el mayor de todos en extensión y en volumen, cual es el famoso Madeira. ¡Cuántas ciudades en tierra y cuantas poderosas armadas en agua están destinadas á ver las futuras generaciones en esa Hoya inconmensurable del Amazonas!

Pero no solamente los extranjeros han sido capaces de comprender la magnitud del porvenir amazónico. Por fortuna también entre nosotros hemos tenido hombres que se han preocupado del porvenir de la Patria: no todos los ecuatorianos somos analfabetos ni macheteros, no todos los ecuatorianos pensamos en destruirnos por motivos de venganza como los jívaros; también entre nosotros ha habido hombres ilustrados, civilizados, progresistas. Ya he citado los nombres de un Luis Martínez, de un P. Vacas Galindo. También merecen mención los misioneros, asimismo dominicanos como el anterior, el Padre Alvaro Valladares, y el

Ilustrísimo Juan María Riera actual Obispo de esta Diócesis, que como el P. Vacas Galindo han hecho atrevidas exploraciones en el Oriente.

Pero antes de ellos hubo un quiteño de grandes energías, a quien podemos llamar al Stanley ecuatoriano, y el cual hasta la presente ya habría tenido su estatua si hubiera sido hijo de otra nación. Pronto escribiré una novela sobre asunto jívaro, con el exclusivo objeto de hacer justicia a este grande hombre. Es que a mí el talento no me atrae tanto como el carácter, sin duda porque esta preciosa virtud es más rara entre los hombres. Este ecuatoriano a quien me refiero, es nada menos que el descubridor del Morona, el General Víctor Proaño, quien fue el primero que sentó, que el Upano no era el alto Morona, como hasta entonces se había creído generalmente, sino el alto Santiago, afirmación que refutaron posteriormente Raimondi y Wolf, pero sin razón puesto que el tiempo ha sacado verdadero a Proaño.

García Moreno fue un sabio, pero ante todo fue hombre de pasiones fuertes, y al enemigo político no le concedía nada, y por eso le negó a Proaño el apoyo que le pidiera, y le dejó solo en su temeraria empresa de descubrir ese río misterioso al través de jivarías terribles, que llegaron a amarrarle para reducirle a tzantza su cabeza. El Perú que siempre se ha preocupado del Oriente más que nosotros, por más que nos sea bochornoso confesarlo, le

prestó a Proaño para sus posteriores viajes por el Morona, el más eficaz apoyo, y aún llegó a concederle grandes honores. Pues este patriota esclarecido tenía ideas luminosas acerca del porvenir de nuestro Oriente y en general de la Hoya Amazónica. Y por eso se empeñó tanto en la construcción de un camino de lo interior de la República al Morona, proyecto que encontró grandes resistencias hasta en los congresos, en esos tiempos en que las ideas eran tan estrechas y en que la pasión política todo lo corrompía. En prueba de ello, y de que es un ecuatoriano quien descubrió el Morona, citaré entre muchos viajeros que en el Perú han hablado del asunto, entre el testimonio de misiones y de Sociedades científicas, de autoridades civiles y eclesiásticas respetables, citaré, digo, el del Coronel don Francisco de Paula Secada, que llegó a ser Ministro de Obras Públicas posteriormente, el cual en su informe de 2 de Noviembre de 1863, como Prefecto de Loreto, se expresa en los términos siguientes:

«Del examen detenido que en cumplimiento del derecho supremo que precede he hecho del expediente, del viaje que el Sr. Coronel Dn. Víctor Proaño ha hecho desde el Ecuador al Perú, por la vía del Morona, y de los datos que con proligidad he buscado, antes de ahora, para formar un juicio cabal de aquellas regiones, y encontrar los medios de encarrillarlos hacia la civilización y el progreso; más que todo con la esperanza de recomendarme

ante el Gobierno y la Patria, mediante las empresas que, como autoridad pueda realizar en el vasto departamento de Loreto, he puesto el esmero posible para adquirir las convicciones siguientes:

«1º—Que la vía descubierta por el Sr. Proaño es la más importante, pronta y fácil de las que se pueden dejar expeditas, en la parte oriental de la República; ya por que acercan la comunicación de la capital (Lima) con sus lejanos pueblos en el Amazonas, ya porque comunica al Pacífico con el Atlántico, ya porque en su trayecto, que es el más corto que se presenta al través de los Andes, no se encuentra ningún obstáculo que sea insuperable, ya también por las riquezas que en todo su extensión se encierran.»

«2º—Que por las declaraciones de los individuos que se hallaron en la isla del Potro a tiempo que el Sr. Proaño salía del Morona, conducido por los salvajes de los que habitaban las márgenes y cabeceras de dicho río; igualmente que por los informes de la «Sociedad de Patriotas del Amazonas», del distinguido Obispo de esa Diócesis, finado Dr. Ruiz, persona la más competente por sus vastos conocimientos topográficos y prácticos consignados en las fojas 11, 12, 13 y 15 del primer cuaderno, y de fojas 9 a 17 del segundo, se demuestra evidentemente, que el descubrimiento hecho por el Sr. Proaño es real y positivo, así como le pertenece la gloria de haber sido el primero que ha penetrado en aquellas des-

conocidas selvas, después de haber meditado y anunciado con anticipación tan estupenda empresa, como se comprueba por los cuatro primeros documentos del segundo cuaderno.»

«3^o—Que son incalculables los bienes que reportarán las naciones ribereñas al dejar expedita aquella vía por donde pueden trasportarse la civilización y el comercio a esas inmensas comarcas, habitadas hoy por tribus bárbaras, a quienes la filantropía de un Gobierno ilustrado, como el de V. E., debe atraer a toda costa a la vida civilizada, favoreciendo el tráfico y aprovechando de las relaciones de amistad, que el atinado explorador dejó establecidas en su tránsito; relaciones que deben sostenerse y cultivarse para la seguridad de los viajeros y de los establecimientos que deben formarse al pie del Pongo de Manseriche, a cuya intermediación desemboca el Morona.»

También el Jefe de la expedición militar y de exploraciones del Alto Amazonas, en parte que dirigió al Ministro residente del Perú en esta República, e inscrito en la Memoria del Ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores de 1875, dice asimismo, entre otras cosas lo siguiente:

«Con el éxito feliz obtenido por la expedición exploradora de mi mando, queda, pues, resuelto prácticamente el importante problema de navegabilidad a vapor del renombrado río Morona en toda su extensión, que indudablemente es una

arteria de fácil y cómoda comunicación que la Providencia ha colocado desde el mar Atlántico hasta las goteras de la cordillera oriental del Ecuador.»

Estas declaraciones de altas personalidades peruanas que revestían carácter oficial, no sólo tienen para nosotros un valor inmenso en lo relativo a la economía agrícola y comercial del Morona, sino que sobre todo implica el reconocimiento por parte del Perú, de nuestra soberanía, por lo menos sobre la región izquierda del Marañón bañada por el río descubierta por Proaño. Y lo que es más, que no solamente los congresos del Ecuador de 1865 y 1867, y la Asamblea de Ambato de 1878, sino que dos Congresos y dos Gobiernos del Perú, hicieron idéntico reconocimiento en favor de Proaño; con la circunstancia de que el Perú aún se fue más allá en esto de prodigar honores al gran explorador ecuatoriano, pues en el Congreso de 1874, la Cámara del Senado aprobó un proyecto de ley, por el cual se le concedía a nuestro compatriota una medalla de honor, la pensión vitalicia de trescientos soles mensuales, los honores de Contra Almirante y ciudadanía de esa Nación. No pasó a la Cámara de Diputados el proyecto, por cuanto Proaño se negó a renunciar a su país natal.

Pues este patriota esclarecido, tenía ideas luminosas acerca del porvenir de nuestro Oriente y de la Hoya Amazónica en general. Y por eso, a pesar que en ese entonces no existía el Ferrocarril del

Sur, se empeñó, tanto en la apertura de una vía que desde la provincia de Chimborazo o cualquiera otro punto de la sierra fuese hasta el Morona, como en la consiguiente colonización de las Regiones Orientales. Para todo lo cual se presentaba él mismo como empresario. Más por desgracia dicho proyecto, a pesar de que no exigía ni un centavo de gasto al Erario Nacional, encontró las más injustas resistencias, en esos tiempos en que como ya lo he dicho, tan estrecho era el criterio y en que la pasión política todo lo corrompía.

Proaño tenía ideas tan claras acerca del porvenir del Amazonas, y de su conexión íntima con el canal de Panamá, a la sazón en manos de Lesseps; que por todas partes en sus escritos, se ve la previsión de un político de alto vuelo. En la Carta-refutación que en defensa de la Ciencia geográfica, de la honra nacional y de la «Vía Proaño» dirigiera en 1884, a su adversario el Dr. Nicolás Martínez, padre de Luis, entre otras cosas le dice lo siguiente:

«Además, dice usted, aquella vía sería inútil para el comercio del interior y del litoral de la República». Y entonces ¿por dónde irían con seguridad, prontitud y facilidad, los que quisiesen explotar los tesoros que encierra el Alto Amazonas, en donde los tres reinos de la Naturaleza están en todo su esplendor? Aparte de esto, bien sabe usted que no sólo las especies manufacturadas o beneficiadas de

otros modos sirven de artículos de cambio; las materias primas o a la rústica son los primeros elementos de la industria y el comercio: si el fabricante, el farmacéutico, el minero y el negociante en general van a buscarlos hasta en el hielo de los polos, en los ardores del Africa y en las entrañas de la tierra, con más facilidad irán a tomarlos de la superficie en las bellas y sanas comarcas del Morona, el día que hubiese siquiera una senda que conduzca a ese pintoresco río».

Y luego añade lo que sigue, que pone de relieve el alma poética de Proaño: «Dice también usted: «Que nadie sería tan necio para preferir una larga y penosa navegación fluvial por territorios selváticos y despoblados, cuando tiene expedita la vía de Panamá que le pone en comunicación con todo el mundo». Siempre conviene, aún en la vida práctica, siquiera un granito de poesía, y aunque la barruntaba hasta de sobra en su casa, o no la aprovecha usted, o está del todo desvanecida. Lo que acaba de decir es manifestar que nunca ha viajado usted ni por mares ni por ríos; no saber que por el Morona y el Amazonas se sale al Pará, en el Atlántico, de donde así como de Panamá se *pone en contacto con todo el mundo*; es ignorar que el Morona, a vapor y a beneficio de la corriente, se navega sólo en un día, desde sus cabeceras hasta sus desembocaduras en el Marañón y que de allí al Pará se puede ir en menos de veinte días, tocando en pueblos y caseríos a po-

cas distancias, para hacer víveres y combustibles; que en el Huallaga se encuentra la línea de vapores peruana que hace el servicio de cabotaje, hasta Tabatinga, y de ahí al Pará la del Brasil. Finalmente, es no tener noticia de que aún en la actualidad no hay que pasar por *territorios selváticos y despoblados* en lo absoluto, sino en trayectos muy cortos. Lo que falta es abrir un camino de cualquiera de nuestros pueblos interandinos a la cabecera del Morona. Y no crea, doctor, que esta demostración es para afirmar que la vía del Pará es tan pronta como la de Panamá: es tan sólo para hacer ver que, entre nuestras poblaciones serraniegas y las del viejo mundo, por la «Vía Proaño», no es la distancia tan inmensa y los obstáculos insuperables como usted asevera.

En igualdad de circunstancias, y aún cuando la diferencia no es muy notable, la mayor parte de los hombre son *tan necios* que prefieren la navegación fluvial a la marítima, ya porque ésta es muy expuesta, desapacible y monótona, ya porque aquella es menos peligrosa, más abundante en recursos, muy variada en impresiones y, por lo mismo, deliciosa: especialmente en las poéticas regiones amazónicas, por cuyos ríos va el viajero recreando la vista con los encantadores panoramas que decoran sus márgenes, con animales que no conoce aún la Historia Natural y con vegetales que ignora todavía la Botánica; deleitando el oído con los melodiosos trinos de desconocidas aves; halagando el olfato con la exquisita fra-

gancia que exhalan los bosques y, lo que es más, admirando la creación en donde se presenta más espléndida y variada, en vez de ir contemplando tan sólo la sublimidad del Océano y mortificando los sentidos con los uniformes movimientos y sonidos de las olas, el desagradable olor de los mariscos, el triste aspecto que presentan el cielo nebuloso, el horizonte sombrío y agua verdosa de alta mar.

«Afirmar que, la «navegación del Morona no sería útil sino para las poblaciones que se levantarán en las cercanías de aquel río», es no saber cuánto se acerca ese admirable canal natural a las poblaciones interandinas y a la ría de Guayaquil; es no conocer su curso ni el del Amazonas».

Las palabras que siguen son también del mismo Proaño, en refutación a dicha carta, pero ya reforzadas por la autoridad de Alejandro de Humboldt: «La «Vía Proaño» no es, en verdad, para acercar el mundo nuevo al viejo *ni para unir los dos Océanos*; pero es para comunicarlos entre sí, aprovechando de la navegación del Morona y del Amazonas; es para completar la pasmosa y trascendental revolución que en nuestro continente va a ocasionar la apertura del Istmo; es la misma vía que hace muchos lustros han estado buscando las naciones cultas y los hombres más sabios que han visitado la América; «vía que atravesando por la mayor latitud de la América, facilite la explotación de inagotables riquezas

y la formación de bellas poblaciones en las vastas regiones amazónicas; el descubrimiento de los pueblos ribereños del Gran Río y la explotación de valiosas producciones a todos los mercados del mundo». Así lo dijo el Barón de Humboldt».

Inútil me parece insistir más sobre la necesidad inaplazable de construir una carretera para automóviles de Riobamba al Morona, y de poner en comunicación rápida el Ferrocarril del Sur con la vía fluvial del Oriente, y por ahí con el río Amazonas, y por ahí con el Atlántico.

El Ecuador, que en su relación con la Hoya Amazónica ocupa puesto preferente, respecto de Colombia y el Perú, es el País que mayores obligaciones ha contraído, ante la raza latino-americana y ante las futuras generaciones, y el que por lo mismo, está llamado a abrir amplias vías de comunicación hacia el Oriente.

Por desgracia para nosotros, el País más obligado a ello es el que menos se ha preocupado del asunto. Los fondos destinados a esa Provincia han sido siempre exiguos, y hasta hemos visto el caso increíble, de que hubo Congreso que se olvidó del Oriente, en el Presupuesto Nacional.

Mientras tanto Colombia y el Perú trabajan activamente por abrirse paso hacia el Oriente, y no sólo en suelo propio, sino lo que es grave para nosotros, en suelo ecuatoriano. En Colombia no

hace mucho que quedaron completamente organizados cincuenta cuerpos de zapadores para continuar abriendo caminos hacia el río ecuatoriano, el Putumayo, como lo denunció «El Telégrafo», de esta Metrópoli, y con todo las provincias de Imbabura y el Carchi nada han hecho por impedir aquel avance. Y de los dos caminos que en Colombia se construyen hacia la Hoya Amazónica, el uno de ellos está ya terminado a contento general, justamente el que va de Pasto al Putumayo. A más que se cuenta en esa Nación con rentas ingentes destinadas a construir caminos al Oriente, el Congreso del año pasado dictó una ley tendiente a fomentar la colonización del Putumayo y el Caquetá. Y a fin de hacer práctica dicha ley, formóse una Junta de inmigración, con residencia en Pasto, la cual trabaja con envidiable actividad. A todo lo cual hay que añadir lo que tanto se asegura, que Colombia tiene el propósito de emplear todos o la mayor parte de los cincuenta millones que debe recibir de Estados Unidos, en construir caminos y en colonizar las regiones orientales. Lo cual nada de extraño tendría, dado el espíritu altamente civilizador y progresista de los dos Gobiernos de Colombia, el anterior y el actual, y dadas las palabras que el Sr. Presidente de esa República pronunció no há mucho en su hermoso discurso al posesionarse de la primera magistratura, cuando, después de hablar de la necesidad de crear semina-

rios de agricultura, añade estas expresivas palabras: «Simultáneas y paralelamente con tal empresa que vendría a crear la riqueza territorial, explotada hasta el presente en escasísima medida, se debería iniciar lo que es necesario complemento de aquello, y que apenas anda en comienzos desordenados: la apertura y mejoramiento de vías de comunicación fluviales y terrestres, que dan su verdadero valor a los productos agrícolas y que promueven el comercio en todos sus ramos».

Cuanto al Perú, podemos decir que aún trabaja con mayor empeño que Colombia en su avance cada vez más impetuoso hacia la Hoya Amazónica. Su Presupuesto fija hasta un millón de soles destinados sólo al Oriente; y no cesa de trabajar por abrirse paso por tierra y por agua, y tiene luchas titánicas con la Naturaleza en que sale vencedor, como está sucediendo con el Pongo de Manseriche, y en Iquitos se fundan compañías de vapores y Sociedades Patrióticas del Amazonas, y Sociedades auríferas del Santiago, y del Napo, y otras y otras, y se hacen instalaciones de inalámbricos, de Lima a Iquitos, a pesar de las altas montañas intermedias, y a pesar de la distancia de 1.022 kilómetros que separa a una ciudad de otra.

Sólo el Ecuador, es decir el País que mayores compromisos tiene contraídos con la posteridad, el País que mayores facilidades tiene para abrirse

paso hacia la Hoya Amazonica, el Ecuador es el único que nada ha hecho al respecto por el espacio de casi un siglo que lleva de existencia.

Pero como nada sacamos con lamentarnos de lo pasado, es preciso que tratemos de remediar el mal, llevando los ojos al porvenir y que nos demos cuenta de que la situación geográfica que ocupa el Ecuador, es tan favorable, que está llamado a ser el centro del comercio mundial, y en consecuencia una de las potencias más poderosas del planeta.

No hay sino que mirar en torno nuestro para convencernos de esta verdad: por el Norte, California y el Istmo de Panamá; por el Sur, el Ferrocarril trasandino de Chile; por el Occidente, Sidney, y Yokohama, Australia y el Japón; y por el Oriente, el Amazonas infinito, con Iquitos, y con Manaos, y con el Pará, y con Europa, y al centro el Ecuador, recibiendo todas las mareas y todas las corrientes del comercio universal.

Aunque el tema es inagotable, ello no me autoriza a abusar como he abusado de vuestra benevolencia. He hablado demasiado, y os suplico me excuséis. Pero era necesario hablar así. Cuando uno tiene algo grande en el alma que comunicar a los demás, nada más grato que comunicarlo a quien es capaz de comprenderlo. Yo tenía algo grande que comunicaros, ese algo era el porvenir del Oriente ecuatoriano.

Y a nadie mejor que avosotros podfa hacerlo, para que mis palabras no sean estériles; vosotros que poniendo en juego vuestro entusiasmo y vuestros capitales, podéis secundar eficazmente los anhelos del Gobierno, de emprender por sí o por empresa la construcción del camino de Riobamba al Morona, a fin de dar cumplimiento con ello a las sabias disposiciones legislativas del año pasado, y a fin de asegurar la integridad territorial y de salvar el honor de la Nación, a la vez que labrar la felicidad y el engrandecimiento de la República, con lo cual daremos al mismo tiempo ocupación a muchos obreros que ahora están sin trabajo, y con lo cual, sobre todo, haremos ver al mundo que el Ecuador no vive sólo para las matanzas.



Apreciaciones sobre la anterior Conferencia

Sr. Dn. Eudófilo Alvarez.

Guaranda.

Muy estimado señor y amigo mío:

Doy a Ud. cumplidas felicitaciones por su patriotismo y elocuente discurso en pro de nuestro territorio Oriental, discurso que ha motivado la casi unánime aprobación de los periódicos del litoral y el entusiasmo de toda clase dirigente de esa importante población; y creo pues que el trabajo literario de la importancia de su discurso, honrará las columnas del periódico en que se publique.

De Ud. etc.

Modesto A. Peñaherrera,
(Ministro de lo Interior).

Mi muy:apreciado Eudófilo:

Principio felicitando a Ud. con toda efusión y sinceridad por la brillantísima conferencia que dió en Guayaquil acerca de nuestro Oriente, en ocasión tan solemne como el aniversario del «Nueve de Octubre» —Uno mis aplausos a todos los que, de viva voz o por la prensa, le han felicitado a Ud., y le prometo que espero con ansia recibir un ejemplar de la edición que con acierto ha mandado hacer la entusiasta Junta Colonizadora de Guayaquil.

Si llegare el caso—que sí llegará—haré cuanto de mi dependa para contribuir a que se conviertan en realidad sus patrióticos proyectos.

De Ud. etc.

Nicolás Jiménez,
(Subsecretario de lo Interior).



De Manuel J. Calle

«Mi muy querido Eudófilo:

..... Cuando Ud. dió su Conferencia en el «Vicente Rocafuerte», yo me hallaba en cama, y deveras sentí no poder ir a aplaudirle. Sigo atentamente la lec-

tura del trabajo en los pedacitos que diariamente publica «El Telégrafo». Ya le diré mi impresión final: hasta aquí, he hallado trozos de notable elocuencia, pasajes amenísimos, párrafos curiosos por las informaciones que contienen. Un poco largo talvez para lo que suele aguantar nuestro público y algo difuso con sus alardes de gallarda erudición; pero la materia era tentadora y, antes bien, Ud. se quedó corto».



LA CONFERENCIA DE ANOCHE

en el “Vicente Rocafuerte”

El público numeroso y heterogéneo que anoche acudió al «Vicente Rocafuerte» a oír la conferencia del señor Eudófilo Alvarez sobre el Oriente ecuatoriano, fue el testimonio expresivo del interés con que se mira cuanto diga relación a esa rica y privilegiada sección del territorio patrio.

El trabajo del señor Alvarez, revelador de estudios profundos hechos en el propio terreno oriental, con acopio de datos de inestimable valor, mereció ser atendido respetuosamente y aplaudido en repetidas ocasiones, sobre todo cuando el conferencista llegó a lo más vivo de la fibra patriótica pidiendo la apertura de caminos como único medio de redimir el suelo ecuatoriano.

La conferencia precisa de la zona oriental con su flora, su fauna y sus riquezas minerales y las apreciaciones atinadas del señor Alvarez sobre el futuro del Oriente en beneficio no sólo de la República sino también del concurso mundial, causaron excelente impresión.

Al terminar el acto, el señor Alvarez fue felicitado calurosamente por muchos de los caballeros presentes, por el éxito de su disertación.

Una comisión de la Junta Colonizadora del Oriente, bajo cuyos auspicios se efectuó la conferencia, acompañó al Sr. Alvarez hasta su alojamiento en el Hotel Wellington.

(De «El Telégrafo» de 13 de Octubre).



ORIENTE ECUATORIANO

La Conferencia de anoche en el Colegio "Vicente Rocafuerte"

Como estaba anunciada, a las 9 de la noche dió comienzo a la Conferencia el ilustrado orientalista señor Eudófilo Alvarez, Gobernador de Bolívar.

El doctor Payeze Presidente de la Junta Colonizadora del Oriente, presentó al conferencista, quien leyó ante la numerosa audiencia que llenaba el recinto, entre la cual no era extraño el elemento fe-

menino, su interesantísimo trabajo que comenzó por una ligera descripción de la provincia de Bolívar, y que comprendió, además, los puntos siguientes:

a.—Extensión del Oriente Ecuatoriano.

b.—Su Flora.

c.—Su Fauna.

d.—Sus riquezas minerales.

e.—Situación geográfica del Oriente Ecuatoriano.

f.—El Santiago es el más aurífero de nuestros ríos Orientales.

g.—El Morona, descubierto por el General Víctor Proaño, es el más navegable de nuestros ríos Orientales, y el que más se aproxima como tal a nuestras cordilleras andinas.

h.—El Perú y Colombia emplean grandes capitales en su avance rápido por el Oriente Ecuatoriano.

i.—Indolencia e imprevisión del Ecuador al respecto.

j.—Necesidad inaplazable de construir una carretera para automóviles de Riobamba al Marañón.

l.—Esta carretera debe pasar por entre el Santiago y el Morona.

ll.—El Congreso del año pasado destinó fondos para el efecto, y para su consiguiente colonización, que ascienden como a un millón de sucres anuales.

m.—Convendría que el Ejecutivo encargase a la Junta Colonizadora del Oriente de esta Metrópoli, la recaudación de las mencionadas rentas.

ii.—Consecuencias estratégicas y económicas de la carretera de Riobamba al Marañón.

ñ —El Ecuador ocupa mejor situación geográfica que Colombia y el Perú, en su relación con el Istmo de Panamá, el Ferrocarril trasandino de Chile, Australia y el Japón y la Hoya Amazónica.

o.—Grandioso porvenir que le espera al Ecuador merced al Oriente Ecuatoriano.

El señor Alvarez demostró habilidad y erudición en el desarrollo de todos los puntos presentados y cabal conocimiento del territorio descrito, como que personalmente no ha mucho, lo recorrió en viaje científico.

El Conferencista se vió interrumpido a menudo con merecidos aplausos, hasta que terminó el discurso, a las 10.54 p. m. dejando en el auditorio una gratísima impresión, como que, a través de todas las calamidades de la época, se presiente un porvenir risueño, cuando despierten las regiones orientales a la vida de la civilización y del progreso, cubiertas con el iris de su legítima nacionalidad.

Vaya nuestra enhorabuena para el señor Eudófilo Alvarez, cuyos talentos y patriótico entusiasmo hemos tenido oportunidad de recomendar antes de ahora a los asiduos lectores de «El Grito del Pueblo Ecuatoriano».

(De «El Grito del Pueblo Ecuatoriano»).

Conferencia acerca del Oriente

Como estaba anunciado, anoche, en el salón de actos del Colegio «Vicente Rocafuerte» pronunció el Sr. Eudófilo Alvarez su Conferencia sobre asuntos de las selvas orientales, ante numerosa concurrencia de personas.

• Hora y media, más o menos, disertó el Sr. Alvarez con el aplomo que da el pleno conocimiento de lo que se trata; y así, en terreno propio, desarrolló amablemente su importante tema.

Muchas veces fue interrumpido el orador con nutridos aplausos, y al terminar, varios caballeros le felicitaron calurosamente por el éxito obtenido.

El auditorio se retiró complacido, y todos reconocen el mérito de las excursiones que ha hecho el sagaz conferencista, realizando con ellos un positivo beneficio para la causa nacional y hasta para la civilización por los precisos datos que aporta.

El Sr. Alvarez fue acompañado por una comisión de la Junta Colonizadora hasta el hotel «Wellington House» en el cual se hospeda

(De «El Ecuatoriano» de Guayaquil)



Anoche, de 8 a 10 y media, se verificó, en el salón del Colegio «Vicente Rocafuerte», la Conferencia prometida por el Sr. Eudófilo Alvarez, sobre el oriente ecuatoriano.

El conferencista, con la facilidad de palabra que le caracteriza, supo pintar admirablemente la belleza y exuberancia de aquellas magníficas regiones que guardan el porvenir del Ecuador.

Nos hizo ver también la necesidad inaplazable en que nos hallamos de construir una carretera de Riobamba al Marañón, con lo cual detendríamos la insaciable rapacidad de nuestros vecinos.

El Sr. Alvarez tiene perfecto conocimiento de nuestros territorios orientales, puesto que los ha recorrido y estudiado con detenimiento.

La concurrencia que escuchó al Sr. Alvarez, le interrumpió a menudo su disertación prodigándole nutridos aplausos.

Felicitamos al Sr. Alvarez por su notable y patriótico trabajo.

(Del «Diario Ilustrado»)



Correspondencia telegráfica de Guayaquil para "El Comercio"

Verificóse anoche la conferencia del Sr. Eudófilo Alvarez sobre colonización oriental. Numeroso público de todas

las clases sociales llenó el salón del Colegio Rocafuerte y escuchó con patriótico interés la importante disertación del orador, quien reveló estudios profundos en la materia. El conferencista fue aplaudido con entusiasmo y acompañado hasta su domicilio por una comisión de la Junta colonizadora.

Quito, Octubre 13 de 1914.

(De «El Comercio»).



Correspondencia Telegráfica de Guayaquil

Se efectuó la anunciada conferencia del Sr. Eudófilo Alvarez, acerca del Oriente ecuatoriano y de la necesidad de colonizar esta inmensa región. --Un numeroso público le aplaudió y le acompañó hasta su alojamiento.

Quito, 15 de Octubre de 1914.

(De «El Día»)



Muy buena impresión ha dejado en el público la conferencia que antenoche dió en el colegio *Vicente Rocafuerte* el Sr. Dn. Eudófilo Alvarez, excursionista oriental, a quien invitó, para el efecto, la *Jun-*

ta Colonizadora del Oriente, fundada en esta ciudad, y cuyo Presidente es el Sr. Dr. Dn. José V Payeze Gault.

Asistieron muchas personas de distinción social, política, comercial y literaria. Terminada la conferencia, bajó de la tribuna, en medio de aplausos el Sr. Alvarez, quien después fue llevado al aristocrático *Club de la Unión*, donde se le invitó una copa de champaña. Allí fué nuevamente felicitado el conferencista.

Un grupo de miembros de la Junta y de caballeros particulares acompañó, desde ese importante Centro hasta su alojamiento, al Sr. Alvarez, el cual, en el día de ayer recibió numerosas visitas de personas de entidad y de sus antiguos colegas de la prensa, pues, como se recordará, dicho caballero fue por algún tiempo, Redactor principal de *El Grito del Pueblo*, periódico en el que dió a la estampa valiosos artículos, que le grangearon estimación y aplauso.

En la presente edición comenzamos a publicar la interesante conferencia del Sr. Alvarez, cuyo retrató presentamos en esta página.

(De «El Telégrafo»).



El Oriente Ecuatoriano

En la noche del 12 de Octubre último el Sr. Dn. Eudófilo Alvarez, notable literato nacional, que se ha dedicado últimamente al estudio detenido y profundo de nuestra hermosa región oriental,—dió una conferencia en el salón de actos del colegio «Vicente Rocafuerte», acerca de la riqueza que encierra aquella porción del territorio patrio y la necesidad en que nos hallamos de defenderla contra la rapacidad de nuestros vecinos del sur y del norte.

El Sr. Alvarez leyó su brillante estudio ante una numerosa y selecta concurrencia, que premió su labor con frecuentes y merecidos aplausos, justo brote del patriótico entusiasmo que el talentoso conferencista supo comunicar a sus oyentes.

La presentación del orador la hizo el Sr. Dr. Dn. José Payeze Gault, Presidente de la Junta Colonizadora del Oriente y la interesantísima conferencia comenzó por una ligera descripción de la provincia de Bolívar y comprendió, además, los puntos siguientes:

a.—Extensión del Oriente Ecuatoriano;

b.—Su flora;

c.—Su fama;

d.—Sus riquezas minerales;

e.—Situación geográfica del Oriente Ecuatoriano;

f. — El Santiago es el más aurífero de nuestros ríos orientales;

g. — El Morona descubierto por el General Víctor Proaño, es el más navegable de nuestros ríos orientales, y el que, como tal, se aproxima más a nuestras cordilleras andinas;

h. — El Perú y Colombia emplean grandes capitales en su avance rápido por el Oriente Ecuatoriano;

i. — Indolencia e imprevisión del Ecuador al respecto;

j. — Necesidad inaplazable de construir una carretera para automóviles de Riobamba al Marañón o Amazonas;

l. — Esta carretera debe pasar por entre Santiago y el Morona;

ll. — El Congreso del año anterior destinó fondos para el efecto, y para su consiguiente realización, que ascienden como a un millón de sucres al año;

m. — Convendría que el Ejecutivo encargara a la «Junta Colonizadora del Oriente», de Guayaquil, la recaudación de las mencionadas rentas;

n. — Consecuencias estratégicas y económicas de la carretera de Riobamba al Marañón;

ñ. — El Ecuador ocupa mejor situación geográfica que Colombia y el Perú en su relación con el Istmo de Panamá, el ferrocarril trasandino de Chile, Australia y el Japón y la Hoya Amazónica;

o — Grandioso porvenir que espera al Ecuador merced al Oriente Ecuatoriano.

El Sr. Alvarez demostró su erudición y su habilidad al obsequiar al público con su magistral conferencia, desarrollando todos los puntos presentados con el más cabal conocimiento del territorio descrito, el cual conoce personalmente, por haberlo recorrido en viaje científico.

La brillante conferencia terminó a las 10 y 54,—habiendo comenzado a las 9, y dejó en el auditorio una gratísima impresión, porque hizo presentir, en reemplazo de las calamidades de la hora presente, un porvenir risueño, para cuando entreguemos a la civilización y al progreso, cubiertas con la bandera bendita de la Patria Ecuatoriana, esas vastas y ricas regiones orientales, que tanto ambicionan nuestros vecinos y que debemos defender a todo trance, aun echando mano de los recursos a que saben apelar los pueblos heroicos.

Nuestra más sincera felicitación al Sr. Alvarez, y nuestra voz de aliento para que siga inquebrantablemente por la ruta emprendida, realizando obra útil a la Patria y a la Humanidad.

(De la Revista «Comercio Ecuatoriano»).



Nómina del Directorio de la Junta Colonizadora del Oriente, a cuya invitación se dio la Conferencia:

José Payeze Gault.

José L. Tamayo.

Francisco de P. Avilés Z.

Luis S. García.

Guillermo Higgins Carbo.

Darío R. Astudillo.

Juan Lombaida.

Virgilio Drouet.

Gustavo Navarro Puig.

Carlos A. Flores.



